



VERDAD DE DIOS, VERDAD DEL HOMBRE

ENCUENTRO DE LUIGI GIUSSANI
CON LA ASOCIACIÓN CULTURAL *NUEVA TIERRA*
Ávila 22, 23 y 24 de julio de 1985

HUELLAS

Suplemento de la revista *Huellas – Litterae Communiois*, n. 8, sept. 2010

HUELLAS

VERDAD DE DIOS, VERDAD DEL HOMBRE

**ENCUENTRO DE LUIGI GIUSSANI
CON LA ASOCIACIÓN CULTURAL *NUEVA TIERRA***

Ávila 22, 23 y 24 de julio de 1985

INTRODUCCIÓN A LA NUEVA EDICIÓN

Han pasado 25 años desde que Luigi Giussani interviniera en los cursos de verano de la Asociación Cultural *Nueva Tierra*, en Julio de 1985. Su presencia y, sobre todo, su palabra apasionada y persuasiva, fueron el empujón definitivo para consumir la adhesión de *Nueva Tierra*, un incipiente movimiento nacido de la amistad y la fecundidad pastoral de un grupo de jóvenes sacerdotes de Madrid, al movimiento *Comunión y Liberación*, ya presente en España desde la primera mitad de los años 70.

La perspectiva que dan los años permite reconocer, con mayor estupor aún, la obra que el Espíritu de Cristo resucitado suscitó en aquellos años por el bien de todo el movimiento, no sólo en España, y por el bien de la Iglesia. Que dos realidades numerosas y diferentes, por su temperamento y su sensibilidad, lleguen a ser una sola cosa es algo sencillamente impensable. Dicho en positivo, y dado que llegó a suceder, es algo excepcional. Y “excepcional” remite a “divino”. De este modo la realidad del movimiento *Comunión y Liberación* en España quedó marcada por un milagro, el milagro de la unidad, que es una de las notas características del misterio de la Iglesia. Un milagro que tomó la forma de una amistad intensa y real entre los responsables de las dos realidades que se encontraban, y que prendió también entre los jóvenes que les seguían, no obstante las perplejidades iniciales.

Don Giussani no tardó en ver en este acontecimiento de unidad el “futuro para todo el movimiento”, una expresión que a mitad de los años 90 sonaba exagerada, pero que con el tiempo mostraría su fundamento, especialmente cuando el fundador de *Comunión y Liberación* confió la guía de todo movimiento a Julián Carrón, uno de aquellos jóvenes sacerdotes que empezó la experiencia de *Nueva Tierra*.

El texto que proponemos de nuevo para su lectura recoge las lecciones y la asamblea que don Giussani mantuvo en los cursos de verano de Ávila hace 25 años. El lema de los cursos de aquel año, “Verdad de Dios, verdad del hombre” se convertiría en el hilo conductor del testimonio de Giussani durante aquellos días “porque”, como él mismo aseguró, «esta frase es la expresión de todo lo que

hemos pensado siempre como síntesis de la vida y de la acción». En estas páginas sorprende la sencillez y a la vez el carácter sistemático con la que don Giussani propuso el acontecimiento cristiano y su método, con un lenguaje asequible a todos. Sorprende de igual modo la libertad, que en su caso tomaba la forma de una paternidad, con la que afrontaba las preguntas de aquellos jóvenes ansiosos de experimentar cómo Cristo tenía que ver con todos los aspectos de la vida y de la historia del hombre.

A uno de aquellos jóvenes, que reconocía en don Giussani una autoridad decisiva para el camino de *Nueva Tierra* y le preguntaba por los pasos a seguir a partir de entonces, el sacerdote lombardo le respondía: «La indicación que os doy es que debéis seguir a aquellos con quienes habéis comenzado vuestro camino y con los que estáis haciendo ese camino, ¡y basta! (...) Eso sí, tenemos necesidad de ser compañeros porque tenemos la misma tensión original, el mismo destino, el mismo camino, la misma batalla. *Comunión y Liberación* indica la raíz y *Nueva Tierra* el fruto».

Para los que fuimos testigos de aquel primer encuentro con don Giussani, releer estas páginas, y andar con la memoria a aquellos días y a todo lo que vino después, nos hace exclamar con el salmista: «El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres» (*Sal* 126,3).

Ignacio Carbajosa

Responsable de *Comunión y Liberación* en España

Septiembre de 2010

INTRODUCCIÓN

Al comenzar esta colección de «Cuadernos para la memoria», nada mejor que poner la mirada en un acontecimiento que ha sido uno de los hitos más importantes en la historia más reciente de *Comunión y Liberación* en España.

En efecto, esta historia reciente ha estado marcada por el hecho de la unidad entre la realidad de CL, ya existente desde hace años en España, y otra realidad de movimiento que emergía de la existencia de *Nueva Tierra*. El reconocimiento entre ambas experiencias –fundado en un discernimiento largo, en una historia de intensa colaboración, y sobre todo, en una estrecha amistad– ha conducido a este acontecimiento de la unidad, vivido por todos nosotros, antes que nada, como un don que nos era ofrecido y al que no podíamos sino responder positivamente.

En el contexto de ese proceso de unidad, acelerado en los meses de primavera y verano de 1985, la presencia de don Luigi Giussani en el «Encuentro de Ávila» organizado por la Asociación Cultural *Nueva Tierra*, ha sido ciertamente vital.

Partiendo del lema de este IX Encuentro de Ávila “*Verdad de Dios, verdad del hombre*”, don Giussani quiso testimoniar cómo CL lo había entendido y hecho vida, pues reconoció que esa frase es la expresión de todo lo que ellos habían pensado desde siempre como síntesis de la vida y la acción del movimiento.

Si algo hubiese que destacar del contenido de estas charlas, sería la frescura y la lucidez; no hay en ellas nada de vano entretenimiento, nada suena a cosa ya sabida, sino que se despliega en una síntesis perfectamente trabada, toda la profundidad y la potencia del hecho cristiano.

Concluyendo su última charla, don Giussani pronunció unas palabras que leídas hoy, meses después, nos resultan al mismo tiempo proféticas y verdaderas: «...nosotros somos lo que vosotros sois: nuestra historia y vuestra historia tienen las mismas raíces, los mismos principios y el mismo fin. Porque hoy en la vida de la Iglesia la mayor necesidad que existe es precisamente ésta: que surja un movimiento según la historia de cada cual; un gran movimiento de amigos comprometidos según las circunstancias de

su vida. Un gran movimiento en el que la fe vuelva a ser aquello que fue en los primeros siglos: el descubrimiento de la humanidad más humana».

José Luis Restán

Diciembre de 1985

INTERVENCIÓN DE DON LUIGI GIUSSANI

EL HOMBRE, HOY

Ante todo, quiero disculparme por no saber español. Me da vergüenza no poder dirigirme a vosotros en vuestra lengua y, además, el futuro es el mundo de habla española, y yo estoy fuera de juego. Pero más que vergüenza, me siento profundamente conmovido por dos motivos fundamentalmente. En primer lugar, por vuestra bondad, por vuestra humildad, y, en segundo lugar, por las palabras que están escritas detrás de mí: “Verdad de Dios, verdad del hombre”¹. Porque esta frase es la expresión sintética de cómo, desde el comienzo de nuestro movimiento, hemos entendido siempre la vida y la acción. Por tanto, lo que yo puedo hacer aquí, en realidad, es testimoniar cómo nosotros hemos entendido siempre este lema vuestro y cómo lo hemos hecho vida.

Para comenzar, en esta primera parte, quisiera valorar cuál es la situación del hombre hoy, en qué contexto existencial se encuentra. En la segunda parte, abordaré cuál es la respuesta o la propuesta cristiana ante esta situación del hombre. Finalmente, quisiera centrarme en señalar las principales consecuencias de esta propuesta cristiana describiendo, desde un punto de vista práctico, cómo hemos tratado de traducir en acción concreta esta propuesta totalizante.

Empecemos, pues, con el hombre hoy. El hombre de hoy es también el hombre de ayer, el hombre de antes de ayer, el hombre de los orígenes: es decir, Adán. ¿Cuál es, pues, la característica de la figura del hombre tal y como la Biblia nos la propone? Es un hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, que pretende olvidarse de Dios.

¹ *Verdad de Dios, verdad del hombre* es el lema bajo el cual la Asociación Cultural *Nueva Tierra* tituló el encuentro de verano del año 1985, en Ávila. Los encuentros de verano se celebraban desde 1976; durante 15 días, un centenar de jóvenes, acompañados por un grupo de profesores y sacerdotes convivían, estudiaban, rezaban y se planteaban las iniciativas educativas y misioneras del curso siguiente.

El hombre pretende ser verdadero sin Dios. En esto consiste el pecado original y, como consecuencia, el hombre está mal, decae, es menos él mismo, no se comprende a sí mismo. Este es el hombre de siempre. El hombre siempre vive la dialéctica entre estos factores, de una forma más o menos acentuada.

Hasta una cierta época, sin embargo, el hombre ha tenido plena conciencia de esta contradicción, de este pecado. Siempre se ha rebelado contra Dios; más o menos según el temperamento y las circunstancias concretas y cambiantes. Pero ha llegado un tiempo, y estamos inmersos en él, en el que el hombre ha empezado a perder el sentido de Dios construyendo una imagen distinta de la original pensando su propia imagen de forma diferente a la original. Y así, por ejemplo, ha llegado a identificar la moral con lo instintivo, con lo espontáneo. Se trata de la moral que surgió en el Renacimiento, cuando el hombre, sintiendo su capacidad de dominio sobre las cosas, llegó a creer que su razón era suficiente.

Por ello, el hombre de hoy se considera fuente de los criterios morales y, al mismo tiempo, también fuente de la capacidad para poseerlo todo. Como el instrumento de esta posesión absoluta de todo es la razón, a esta época, que acabo de describir, se la conoce como época racionalista.

¿Cuál es la característica última de esta posición? ¿Cuál es la raíz de esta situación? La afirmación de la autonomía del hombre, autonomía que quiere decir que el hombre se cree dueño de todo lo que hace, el hombre como criterio de posesión de las cosas y como criterio moral de actuación. Por eso he querido hacer esta introducción: hay una característica del hombre moderno muy importante, que es su optimismo a ultranza. Un optimismo que ha ido creciendo en los últimos tres o cuatro siglos, especialmente en la Europa francesa, inglesa, alemana e italiana.

Es un optimismo que, sin embargo, a mi modo de ver choca con un muro de nostalgia humana que lo contradice. Una nostalgia que, en nuestro tiempo, se manifiesta como una especie de conciencia de la lejanía del hombre respecto a su ideal.

Hasta 1915 en la cultura hegemónica mundial se creía que por el simple desarrollo de la ciencia y de la técnica, el hombre podría llegar a ser plenamente feliz. Por aquellas fechas, parecía que faltaban ya

pocos años para que ese desarrollo científico-técnico pudiera lograr unas condiciones que permitiesen gobernar el mundo como se gobierna una fábrica. Incluso después de la Segunda Guerra Mundial, cuando Winston Churchill se encontraba en un viaje por los Estados Unidos, el rector del famoso Instituto Tecnológico de Boston, le presentó como al salvador de la humanidad, porque «había salvado la posibilidad física de que el desarrollo de la ciencia y de la técnica llegara a gobernar hasta las raíces mismas del pensar y del sentir humanos».

Inmersos en esta esperanza optimista en la que la razón del hombre podría llegar a salvarlo todo, ¿dónde quedaba Dios?, ¿qué lugar ocupaba? No es que se eliminase necesariamente a Dios de ese horizonte, ya que incluso en los momentos más exultantes de la Ilustración y del Racionalismo (incluso en plena Revolución Francesa), se reconocía un ente supremo, un ser supremo. No obstante, en dicha encrucijada cultural de absoluta fe en el progreso científico, Dios, si existe, no tiene nada que ver con la vida, porque la vida es una trama de problemas que el hombre afronta con su razón. Por lo tanto, si Dios existe, no tiene nada que ver con la vida.

Los 400 años que nos separan del Renacimiento –que han forjado la mentalidad hoy dominante– se caracterizan, desde el punto de vista que nos interesa ahora, por la profunda división entre lo que se refiere a Dios y lo que se refiere a la vida. Dios es algo que interesa solamente a quien se preocupa por ese tema particular. La relación con Dios es como el interés que suscita una pieza de museo: sólo lo va a ver quien quiere. Y así la Iglesia es un lugar específico al que va quien quiere, pero que está fuera de la dinámica de la vida. Así, el problema de la relación hombre-mujer, el problema de la relación con los hijos, de la vida y de la muerte, el problema de la organización social, el problema político... ¡ninguna de estas cosas tiene que ver realmente con Dios! Esta separación entre la vida y Dios, entre la vida y la religión, caracteriza una situación cultural en la que se sufre una especie de confinamiento policial: la religión queda recluida de la misma forma que los indios en las reservas de Norteamérica.

Hay frases que definen muy bien esta situación: «la religión no tiene nada que ver con la política...», «la religión no tiene nada que ver con los colegios ni con la educación...», «la religión no tiene

nada que ver con los negocios, ni con los problemas del trabajo...», «la religión no tiene nada que ver con el arte...», «la religión no tiene nada que ver con la moral...», etc., y se multiplican hasta el infinito estos eslóganes que continuamente estamos escuchando de mil y una maneras. La religión no tiene nada que ver, no afecta, es otra cosa. Esta mentalidad repetida de mil y una formas se ha convertido en regla común. También en los colegios se afirma y repite este planteamiento hasta configurar la mentalidad del pueblo. Hablo de “colegios” en sentido amplio, es decir, de los instrumentos educativos de la mentalidad común, no sólo de la de los colegios como tales, sino también de los medios de comunicación social, la publicidad, etc. Cierta prensa, por ejemplo, es la clase cotidiana, para grandes y pequeños, de esta mentalidad. Como dice el Papa, al principio este planteamiento cultural es de unos pocos, luego se convierte en una corriente de pensamiento y posteriormente el poder político asume esta corriente de pensamiento y, a través de los medios de comunicación de masas y del colegio, se convierte en mentalidad popular.

Por lo tanto, la característica fundamental de nuestro tiempo no es el ateísmo. Como dice el teólogo germano-americano, Paul Tillich, no es concebible etimológicamente la palabra “ateísmo” porque no puede existir un hombre que no tenga un “dios”. Más aún, no puede existir ningún momento de la vida de un hombre que no afirme un “dios”. Porque un hombre, por el hecho mismo de vivir afirma que existe “algo” por lo que merece la pena seguir viviendo. ¿Y qué es Dios? Justamente eso por lo que merece la pena vivir. Luego la naturaleza misma de la razón del hombre es tal que exige, por el mero hecho de existir, la afirmación de un “dios”. El verdadero problema se plantea en otros términos: el problema de hoy no es el ateísmo, sino el laicismo.

Se llama “laicismo” a esa concepción del hombre y de la vida social para la que Dios si existe, no tiene nada que ver con la vida. Se puede creer en Dios –o, más aún, ir a rezar todos los días– pero cuando se está con la mujer, se habla con los niños, se gana dinero, se trabaja profesionalmente o nos ocupamos de política... Dios no es el centro de la vida: ¡Dios no tiene nada que ver! Por lo tanto, la palabra que caracteriza la relación de la cultura dominante moderna con el

destino, es la palabra “laicismo”: una separación profunda entre la trama vital, en la que el hombre es autónomo (se afirma radicalmente a sí mismo) y un eventual nivel en el que Dios puede existir, pero que no tiene relación con el hombre, o le resulta ajeno, no le interesa... Y no le interesa porque la existencia o no de este “dios” no le afecta demasiado. El ateísmo no es otra cosa que una lógica consecuencia de todo esto. Lo es porque, en primer lugar, un dios que no afecte a la vida no es Dios. El evangelio dice que Dios cuenta cada uno de los cabellos de nuestra cabeza, y que ni siquiera una palabra dicha en broma se perderá, ¡tiene un valor eterno!

Un dios que no afecte a la vida no es Dios. Más aún, un dios que no sea determinante, y determinante último, de los criterios con los que se actúa en la vida no es Dios. Además cuanto más apasionado con la vida esté un hombre, tanto más inútil será un dios que no afecte a su vida, que le haga perder el tiempo. Es decir, la religión —en este caso— es el opio del pueblo, hace perder el tiempo, frena la acción.

Para terminar esta primera parte, constatemos que toda esta confianza en sí mismo, todo este optimismo del hombre, basado en la ciencia y en la técnica, se ha hundido a causa de las dos grandes tragedias de la Primera y Segunda Guerras Mundiales. Actualmente, ningún hombre de cultura, serio, mantiene las posiciones que se han mantenido hasta la primera Gran Guerra, nadie mantiene esa confianza a ultranza en el progreso científico. En cambio, lo que marca el pensamiento cultural contemporáneo es una desesperación radical. Pensad en Sartre cuando se pregunta: «¿Qué es mi mano?». Nosotros diríamos que la mano es el instrumento para aferrar la realidad. Sartre decía que la mano es el instrumento que me hace comprender que no logro aferrar nada. El hombre comienza a comprender que es incapaz de llegar a poseer del todo algo. Alberto Moravia, un escritor italiano contemporáneo, afirma que la realidad no es capaz de persuadirme ni de su misma existencia real. Por ello, la característica de la cultura actual es un hondo nihilismo. Es decir, no se sabe si las cosas son o qué son.

Todo esto ha pasado de ser una serie tendencias de pensamiento de un cierto nivel cultural a ser una conciencia generalizada. Porque el pueblo mantiene la herencia de estos tres o cuatro siglos anteriores. Herencia que se podría sintetizar en tres o cuatro preguntas, que son

las que hoy se hace el hombre (incluso personalmente): ¿el objetivo de la vida es tener éxito en lo que se busca?, ¿vale la pena vivir sólo para lograr ese éxito que se busca? En segundo lugar se pregunta por la justicia, ¿lo justo o lo injusto es lo que me gusta o lo que me parece? La norma es la espontaneidad, el instinto (pensad, por ejemplo, en la relación entre chicos y chicas), ¡y luego aplicamos este principio a cualquier nivel!, y así esta herencia del Renacimiento se ha convertido hoy en mentalidad cotidiana incluso entre los niños. En tercer lugar, el hombre de hoy sigue esperando de la ciencia y de la técnica la liberación de la sociedad, bien ingenuamente, bien por ignorancia.

Pero lo más grave es que el hombre no puede vivir en este nihilismo, en esta desesperación. El hombre no puede vivir sin saber si la mano aferra el objeto que tiene ante sí o no. No puede vivir sin saber si las cosas existen o no. Cuando se tiene hambre, no se puede mantener por mucho tiempo la incertidumbre de si el alimento, que se tiene delante, existe. Como tampoco se puede vivir en la incertidumbre sobre si la mujer que uno ama existe o no. Los grandes escritores de nuestra época dicen de formas distintas estas mismas cosas, por ejemplo, Pirandello en Italia. Leía en el avión hacia aquí a vuestros geniales poetas, Juan Ramón Jiménez y Vicente Aleixandre... y también son así; más suavemente, pero también piensan así.

Ahora bien, el hombre de hoy ha llegado a tocar fondo, ¡y el fondo es otra cosa! El hombre de hoy hace de todo por atrofiar el sentido del destino y del ideal. De manera que el objetivo de la vida es hacer en cada momento lo que te apetece, lo que te conviene, y eso durante toda la vida. Esta trama existencial está orientada a sofocar la infinitud del deseo del corazón del hombre, a sofocar el corazón, a hacer irrisorias las exigencias ideales, a anestesiar el deseo y las exigencias del hombre, a vivir el día a día en la banalidad más práctica, más concreta. El ideal de la cultura de hoy es la cultura de lo efímero, la cultura del “carpe diem”. El elogio de lo efímero no es nada nuevo en la memoria de la humanidad, ya lo practicaban los romanos. En todo caso, resumiendo, se vive sofocando el corazón. Y esto funciona: todos viven así, distraídos, olvidando lo más posible. Por ello, otra característica de la cultura actual es el odio al pasado. El pasado no nos afecta, ¡hemos de olvidar el pasado! En segundo lugar,

apartamos de nuestra visión lo que está sucediendo en el mundo, es decir, no queremos enfrentarnos con el mundo: no nos atrevemos a mirarlo a la cara. Recuerdo, por ejemplo, cómo en el Renacimiento los enfermos eran expulsados de la ciudad. Porque el enfermo es algo que daña a la vista y por eso los ciegos, los tullidos, los cojos, eran expulsados a los guetos a las afueras de la ciudad. Se comprende por qué los grandes hospitales que se habían construido en la Edad Media fueron destruidos en esa época. Por todo ello, el hombre de hoy tiene como criterio para organizar su vida el que no le turben la vista ni la vida con los problemas que suceden a su alrededor. La discoteca es el emblema, el símbolo del joven educado en esta mentalidad. Esta posición cultural funciona perfectamente, hasta que no te ocurre algo grave. En cuanto te ocurre algo grave todo se derrumba, estás acabado y deseas morir: la chica que te deja, el fracaso en los estudios, tu padre que se pone enfermo, el dinero que no llega, la pérdida del trabajo, el no lograr el puesto que pretendías... entonces la vida ya no merece la pena. ¡La vida ya no merece la pena! Teilhard de Chardin decía que ésta era la enfermedad mortal del hombre de hoy: la pérdida del gusto por la vida.

En esta primera parte, he querido exponer –como solemos hacer siempre– nuestra percepción ante la situación social y cultural del hombre de hoy, y la resumo: Dios (o la religión) puede ser respetada, pero, en todo caso, se mantendrá profundamente separada de la vida. Mientras, el dios verdaderamente práctico en la vida es, en el fondo, el mismo hombre, que asume como norma moral sus ídolos –ya sea el éxito o el instinto–, junto a la extraña, vaga, confusa e ilusoria esperanza de que la ciencia y la técnica llegarán a poner todo en orden.

Además, todo esto depende de un poder social que aliena fácilmente al hombre de hoy. Por eso, quien controla el poder hoy hace lo que quiere con los hombres, con premeditación, conscientemente, porque, en este momento, desde la forma de las zapatillas, pasando por el corte de pelo, hasta los criterios sociales los conforma el poder y todos se sienten tranquilos cuando el poder guía. El poder funciona de tal modo que la gente delega todo: «ya pensará el gobierno por nosotros», «los que controlan el poder social ya harán lo más conveniente para todos». Esta creciente colectivización de la existencia (que no se da

solamente en la Unión Soviética, sino también en EEUU) trae como consecuencia la grave enfermedad del hombre actual, la soledad. El mal social más difundido se llama solipsismo. Cuanto más hacinados, más aislados. Explico todo esto, insisto, porque lo que desarrollaré a continuación, toda la explicación de nuestro intento de vida cristiana, es encontrar justamente un planteamiento capaz de responder a esta situación.

EL HECHO CRISTIANO

Lo que hasta ahora hemos descrito nos afecta a todos. Estamos todos tan inmersos en esta situación que se establece entre nosotros y Cristo una lejanía, una oscuridad. Esta no nace sólo del Misterio, sino del sentimiento que tenemos de nosotros mismos –del hombre y de la vida–, que no es auténtico, porque ponemos nuestra esperanza en lo que no puede satisfacerla.

Quiero señalar ahora, brevemente, algunos aspectos esenciales de nuestra experiencia.

1. En este ambiente, en esta sociedad, en este tipo de cultura y mentalidad, el cristianismo aparece como un hecho nuevo. Fundamentalmente como un hecho, un hecho distinto. El cristianismo surge como un hecho, no una «palabra», ni un discurso, ni un planteamiento, ni unas leyes morales... Por eso, debemos preguntarnos cuál es la estructura de este hecho, cuál es su constitución real. Es algo parecido a la caída de un rayo, un rayo es un hecho. Algo que antes no existía y después ha sucedido, existe. Preguntémosnos qué forma tiene, qué estructura posee, cómo es este hecho.

Debemos volver siempre al comienzo, recordando cómo empezó todo. Dos hombres del campo fueron por primera vez a escuchar al profeta Juan el Bautista. De repente, Juan pronuncia unas palabras extrañas señalando a un joven que se marchaba por el camino junto al lago. Los dos hombres se fijaron en la indicación del Bautista, se levantaron y siguieron a aquel joven, pero no se atrevieron a llamarlo. El joven se da la vuelta y les pregunta: «¿Qué queréis?». «Maestro: ¿dónde vives?». «Venid y veréis». Y ellos se fueron con Él. Y pasaron el día entero junto a Él. Era aproximadamente la hora

décima. Cuando volvieron, apenas uno de ellos se cruzó con su hermano, le dijo: «¡Simón, hemos encontrado al Mesías!»².

Dos hombres habían visto a otro hombre: habían estado en su casa, habían pasado con él todo el día. ¡Cualquiera sabe lo que les dijo ese día para que se llevaran la impresión de que aquel hombre era el Mesías!

Pocos meses más tarde, en una sinagoga de Cafarnaúm, cuando todos le habían abandonado, en el silencio de la tarde, Jesús les dice: «¿También vosotros queréis marcharos?». Allí quedaban sólo algunos. Eran precisamente aquellos dos y Simón, hermano de Juan, y su respuesta fue diferente: «Tampoco nosotros comprendemos lo que tú dices, pero si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Sólo tú tienes palabras que explican la vida»³. ¡Verdad del hombre, verdad de Dios!

Por lo tanto este hecho, sucedido hace dos mil años, tenía la forma de un hombre, de un individuo. Cuando la gente se unía a él, se reunía con él y le escuchaba, sentía que se hacía más humana, percibía una mayor humanidad. Y estos hombres veían incluso cosas del otro mundo, por ejemplo, veían que curaba a los enfermos, devolvía la vista a los ciegos, etc. ¡Pero sobre todo él era distinto de todos los demás! ¡Era otra cosa! Con él era como si el corazón, finalmente, se hiciera más humano. De hecho, no curaba a todos los ciegos ni a todos los cojos, sin embargo, todos los corazones que lo escuchaban sentían que se convertían en corazones humanos.

«Ninguno ha hablado jamás como este hombre»⁴. «Este sí que habla con autoridad». Autoridad, palabra latina que designa un encuentro con alguien que te hace crecer como hombre. Y así permanecían con él, caminaban con él, comían con él, no querían dejarlo.

Un hecho, por tanto, que estaba lleno de palabras, pero que no era “palabra” y nada más, no era una palabra que cualquier conciencia pueda interpretar a su antojo. No se podía hacer esto con Él. Era un hecho, un hombre y lo que decía comunicaba de sí a los demás. El fruto del encuentro con él era una humanidad nueva, más aún, el que estaba con él ¡por fin! se sentía hombre.

² Jn 1.35-41.

³ Cfr. Jn 6, 67-69.

⁴ Jn 7, 46.

Por eso, si es cierto que la verdad de Dios es la verdad del hombre, descubrir la verdad del hombre quiere decir que nos ponemos frente a la verdad de Dios. Esto lo desarrollaré en la tercera parte, pero veremos que no hay nada más bello ni más humano que caer en la cuenta de lo que aconteció hace dos mil años E, inmediatamente después, lo más precioso es experimentar cómo eso mismo ha permanecido en la historia: «Yo estaré con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo»⁵. ¡Qué reto! Y ahora, ¿dónde está? ¿Dónde mora?

2. Dos mil años nos separan de aquel momento inicial, cuando Cristo existía como un hombre entre los hombres y su presencia hacía que los hombres se sintiesen más humanos, descubriesen la hondura de su propia humanidad. Pues bien, su misma presencia ha continuado a lo largo de la historia a través de otro hecho que es como la continuación del primero. No es otro hecho: es el mismo hecho. Es como cuando yo era pequeño y mi madre me decía que era guapo; después, con el paso del tiempo, la forma de las personas cambia, pero yo soy siempre yo. La forma que Él ha tomado, la forma que su cuerpo ha adquirido es el (valorar si poner: comunión o unidad) de los que creen en Él. Históricamente se llama “Iglesia”, es decir, gente reunida. Teológicamente se llama “su Cuerpo”, porque es el dilatarse de su forma física, de la forma física de su presencia, es el signo de su persona, al igual que mi cuerpo es el signo de mi personalidad. Sociológicamente lo podemos llamar “pueblo de Dios”.

El cristianismo es, por lo tanto, un hecho que hace dos mil años tenía la forma de un hombre y que se ha dilatado en la historia a través del (valorar si poner: comunión o unidad) de los que creen en Él: «Te ruego, Padre», dijo en el umbral de su Pasión, «que todos sean una sola cosa a fin de que el mundo caiga en la cuenta que Tú me has enviado»⁶.

¿Comprendéis que Cristo sólo puede ser reconocido de este modo? Reconocer a Dios presente entre nosotros es una gracia, es decir, es sólo el poder del Espíritu Santo quien enciende la luz de la fe en cada uno de nosotros. Y el Espíritu une esta gracia a una

⁵ Cfr. *Mt* 28, 20.

⁶ Cfr. *Jn* 17, 21.

condición exterior, que es la unidad entre nosotros. Por ello, el cristianismo se difunde en el mundo por «la fuerza del sacramento», y el «*sacramentum Ecclesiae*» tiene como signo la unidad “visible” de los creyentes. Allí donde no hay unidad entre los creyentes no es posible reconocer el hecho de Cristo. Esta es la única enseñanza pastoral absolutamente clara en el Evangelio.

Pero antes de abordar el tercer punto, con el que concluiré, quiero hacer una pequeña observación: ¿Por qué reconocía la gente de hace dos mil años que aquel hombre no era tan solo humano? Porque hacía milagros. Esta palabra tan inusual en la teología postconciliar es la palabra fundamental del cristianismo. Porque el hecho de que aquellos dos, Juan y Andrés, que se sentaron a escucharle todo el día, volvieran pletóricos con una nueva certeza. ¡Esto es un milagro! Mucho mayor que enderezar piernas. ¿Qué es más milagro mover una montaña o que el hombre se descubra verdaderamente hombre? Hoy en día una montaña se desplaza de lugar a otro con un poco de dinamita, pero al hombre no le cambia nada, el corazón del hombre no lo cambia nadie.

El milagro mayor que existe, «*signum elevatum in nationibus*», es que haya hombres que se sientan entre sí más unidos que los propios hermanos de carne y sangre; como se dice en la primera página de san Juan, «a quien lo acoge le da el poder de ser hijo de Dios, de renacer no de la carne ni de la sangre, sino de la voluntad de Dios»⁷. Entre los hombres que no aman a Cristo esta unidad es imposible.

La mayor ilustración, lo que mejor documenta la vida moderna es una gran melancolía. La cultura moderna apoya el divorcio, es decir, afirma que ni siquiera entre un hombre y una mujer es posible una unidad segura, estable. Sin embargo, no ya entre hombre y mujer, sino entre gente absolutamente extraña nace una unidad total, como si nos pertenciéramos mutuamente. Por esto, no os conozco, pero yo ahora me siento una sola cosa con vosotros. No os he visto jamás y daría mi vida por cada uno de vosotros. El mayor milagro de la historia es la unidad.

⁷ Cfr. *Jn* 1, 12-13.

3. El tercer y último pensamiento, que os quiero comunicar en esta primera parte, es cómo la Iglesia, el cuerpo de Cristo, el pueblo de Dios, llegan hasta mí hoy. ¿Cómo puedo caer en la cuenta de lo que es la Iglesia? Fijaos que el 98% de los cristianos, que va a misa todos los domingos, no es consciente de ello. ¿Cómo puedo darme cuenta de esta realidad? ¿Cómo puedo experimentar esta humanidad nueva, esta plenitud de vida distinta? ¿Cómo puedo llegar a afrontar los problemas de la vida de una forma que jamás hubiera imaginado? ¿Cómo puedo experimentar que finalmente “he nacido”, que “he nacido de nuevo”? ¿Cómo puedo darme cuenta de que, efectivamente, soy un hombre, un hombre nuevo?

Hace falta que la unidad de los creyentes, la Iglesia, cuerpo de Cristo, pueblo de Dios, llegue hasta mí, me conmueva, toque mi corazón, me persuada, me reclame, me sostenga... Y, ¿cómo puede suceder esto? Comprended que esto sólo puede suceder si esta presencia llega hasta ti allí donde comes, donde bebes, donde estudias, donde trabajas... El hecho cristiano debe llegar hasta ti personalmente a través de la trama sutil de las circunstancias de la vida, de una manera persuasiva, de forma que sea posible esta comprensión. Usando un término del Papa: esta modalidad concreta con la que el hecho cristiano llega hasta ti de una manera persuasiva, convincente y exaltante se llama “movimiento”. Ya sabéis lo que Juan Pablo II dijo en 1981: «La Iglesia misma es “un movimiento”»⁸.

Para la mayoría de los hombres es como si la Iglesia no existiese. A la mayor parte de los cristianos la Iglesia «no los mueve»; la Iglesia se reduce a un conjunto de leyes, de ritos, o de personas más o menos simpáticas, ¡y basta! Sin embargo, la Iglesia, este hecho, ha de actuar – ya desde ahora y en este momento– en cada uno de nosotros, personalmente, mediante nuestra compañía. Nosotros no creemos en las personas que configuran nuestra compañía, creemos en Jesucristo, pero no podemos creer en Cristo si no es mediante una compañía.

Estas tres ideas básicas son el fundamento teológico de nuestra experiencia. Resumiendo: el cristianismo es un hecho que acontece.

⁸ «Come ben sapete, la Chiesa stessa è “un movimento”», Homilía del Papa Juan Pablo II en el congreso sobre “Los Movimientos en la Iglesia”, Castelgandolfo, 27 de septiembre de 1981.

Es este hombre que caminaba por las calles de Nazaret y que permanece presente, a lo largo de la historia, dentro de la unidad de los creyentes. La unidad de los cristianos, la reunión de los creyentes, es un signo físico, podríamos decir “Su cuerpo”. Esta realidad nos toca, llega hasta nosotros, nos conmueve, a través del conjunto de circunstancias concretas de la vida que, con una palabra hermosa en su etimología, se llama “movimiento”.

Acabo leyendo un párrafo del discurso del 29 de septiembre, donde el Papa resume todo el contenido de nuestra experiencia: «...nosotros creemos en Cristo muerto y resucitado, en Cristo presente aquí y ahora, el único que puede cambiar ¡y que de hecho cambia!, transfigurándolos, al hombre y al mundo»⁹. Esta es la definición más bella del contenido de nuestra experiencia.

¡Cristo ha resucitado y, por ello, vence los límites del tiempo y del espacio, y así permanece en la historia! Cristo está presente aquí y ahora dentro de la compañía con la que la Iglesia nos toca. Nosotros tenemos que experimentar que esta experiencia nos cambia, y que, a través de nuestro cambio, cambia el mundo. Esta compañía me cambia la vida y, por eso, cambia el lugar donde vivo: se hace más humana la clase donde estudio, la familia, los amigos... surge una pasión por convertir la sociedad en un lugar más humano, y con ella el mundo entero. Además, este cambio se produce sin eliminar nada, sin censurar nada, sino transfigurándolo todo. No se comprende lo que significa “transfigurándolo todo” si no se experimenta, porque no se trata de dejar de querer a la mujer o al hombre, sino de tener un amor distinto, más auténtico.

Así la verdad de Dios se muestra porque se convierte en la verdad del hombre.

UNA SOLA NORMA PEDAGÓGICA

No quiero cansaros y lamento alargarme, no sólo por el calor que hace, sino por la dificultad añadida de escuchar en otra lengua. Pero las cosas que os digo son cosas hermosísimas y muy importantes, por eso quiero que se comprendan con toda precisión. En realidad, estoy

⁹ Discurso del Papa Juan Pablo II al Movimiento de *Comunión y Liberación* en el treinta aniversario de su nacimiento; Roma, 29 de septiembre de 1984.

tranquilo porque observo que vosotros las decís, las comprendéis y las lleváis a la práctica. Por lo tanto, mi tarea aquí ha quedado ya muy menguada.

En el discurso que nos dirigió el Papa, con motivo de la celebración de los 30 años del movimiento, que para nosotros sigue siendo un texto básico, decía: «El Espíritu Santo, para continuar con el hombre de hoy el diálogo comenzado por Dios en Cristo y proseguido a lo largo de toda la historia cristiana, ha suscitado en la Iglesia contemporánea múltiples movimientos eclesiales. Son un signo de la libertad de formas, en que se realiza la única Iglesia, y representan una novedad segura, que todavía ha de ser adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el Reino de Dios que actúa en el hoy de la historia».

He leído este pasaje porque es impresionante lo que dice el Papa. Prestad atención: «para proseguir el diálogo con el hombre iniciado por Dios en la persona de Cristo». ¡Es lo que hemos dicho anteriormente!

¿Cómo encontramos a Cristo, hoy? ¿Qué quiere decir «encontrar a Cristo»? Quiere decir encontrar “algo”, una realidad, un hecho, una presencia, que toca el corazón, que impacta nuestro corazón. Pero... ¿cuándo el corazón queda impactado? En el momento en que alguien se encuentra con “algo” que, sin haberlo previsto, corresponde a su auténtica naturaleza, corresponde a su exigencia más honda, quizás hasta ese momento inconsciente.

Cuando el corazón de un hombre queda tocado por este encuentro, incluso de manera confusa, aunque sea de un modo fugaz, ¡ya no puede volverse atrás! Puede que no responda, puede que no se adhiera, pero ya nunca podrá seguir siendo como antes de ese encuentro, porque, en ese momento, vio o sintió algo, un acento humanamente auténtico y vivo, e intuyó que la fe puede ser algo que realmente tiene que ver con la vida.

Entonces, ¿cómo se encuentra a Cristo hoy? El Papa responde diciendo que el instrumento que utiliza el Espíritu es el encuentro con una compañía de este tipo. ¿Qué es lo que define a una compañía de este tipo? El reconocimiento de Cristo presente entre nosotros y el deseo de comprender cuál es su mensaje para la vida, el deseo de comprender qué nos quiere decir para vivir mejor, de comprender

qué es lo que Cristo puede aportar a la sociedad y al mundo. Y ¿qué dijo Cristo a los primeros que se quedaron impactados por Él? Les dijo: «Venid conmigo, seguidme»¹⁰. La diferencia entre aquellos que comprendieron que era un hombre excepcional y el resto del pueblo es que el resto de la gente quedaba impresionada, pero luego se marchaba. Mientras que «algunos permanecieron con Él».

Este es el primer factor metodológico que siempre hemos afirmado: si te ha impactado un acento de humanidad nuevo (de otra manera no estarías aquí) lo que debes hacer es seguir. Seguir significa plantear toda tu vida guiado por las provocaciones, los juicios, las indicaciones y el ejemplo de esta compañía, para alcanzar certeza sobre quién es Cristo, para llegar a la certeza de la fe; para experimentar una vida distinta, para comprobar que tu propia vida se convierte en algo diferente, en algo nuevo, para comprender que la fe en Cristo convierte nuestra vida en algo capaz de alegría. De otra forma, la alegría es imposible. También la alegría es un milagro.

Para comprender todo esto basta algo muy sencillo y al mismo tiempo muy grande –sencillo y grande– que es simplemente seguir a aquellos que te han llamado la atención, seguir la compañía que habéis encontrado. Una vez estaba yo celebrando una boda. Tenía que empezar a predicar en la homilía y me preguntaba: «¿Qué les voy a decir?». Al mirar a los novios y ver aquellas dos caras, aquellos dos rostros –que yo conocía muy bien– abiertos, claros, llenos de alegría, les dije: «El día de la boda es el símbolo de la alegría humana. Nadie es capaz de vivir la alegría porque todos, en general, para estar alegres necesitan olvidar o censurar algo. Por el contrario, vosotros no. Vuestra alegría es auténtica. ¡Este es el milagro que nace de la compañía a la que pertenecéis! Porque os juro que de otra manera es imposible encontrar alegría. Hoy en día, en general, para que haya alegría, hace falta olvidar, pero esa no es la verdadera alegría». Después de la homilía llegó la oración de los fieles y entonces los nuevos esposos leyeron las peticiones y yo me quedé sorprendido. Estábamos en plena guerra del Vietnam, era la época del hambre en Biafra, de los enfrentamientos en Suráfrica y rezaron por todos ellos y también por los cristianos perseguidos en el Este europeo. En

¹⁰ Mt 9,9.

cuarenta años, yo no había oído a ningún sacerdote rezar por esos cristianos perseguidos. Aquello me convenció aún más: «Es realmente cierto lo que he dicho; tienen una cara llena de alegría, sin olvidar nada». El camino que os propongo conduce a esta plenitud de la vida. No es necesario, sin embargo, entrar en detalles sobre qué es necesario hacer, aunque más tarde mencionaré algunos. Lo que importa es simplemente una cosa, a la que se reduce toda la pedagogía de Cristo, «Ven conmigo», es decir, «Sígueme». Cuando pasó y vio a Mateo sentado a la mesa donde recaudaba los impuestos, se paró y miró al “mafioso” que estaba allí y le dijo: «Sígueme». Y Mateo no pudo hacer más que levantarse y seguirle¹¹.

Una pedagogía es tanto más aguda cuanto más concreta y cuanto más implícita, es decir, cuando lo hace todo implícitamente y, al mismo tiempo, es concreta, práctica. Por eso no existe ninguna norma pedagógica más eficaz, ni más aguda que ésta: «Sígueme». ¿Qué hace la naturaleza para que un niño crezca? Le pone en el ámbito de una compañía y, entonces, a medida que pasa el tiempo, los días, los años... casi sin que el niño se dé cuenta, llega a ser él mismo. El padre y la madre no sientan al niño delante de una cátedra y le explican todo lo que tiene que hacer, sino que, simplemente, viviendo con sus padres, aprende. El niño –con los ojos abiertos, escuchando y viviendo– aprende. ¡Así es como se crece en la fe! Este es el camino: es necesario seguir. Nunca ha ocurrido que, para ser mejor, para convertirse en uno mismo, alguien que hubiera comenzado un buen camino, haya tenido que abandonarlo; todo aquel que emprende el buen camino y luego lo abandona pierde algo de sí mismo, no alcanza su plenitud, renuncia a ser mejor.

¡Es necesario seguir incluso cuando no se comprende! Tratando, eso sí, de comprender las razones. Porque se debe seguir humanamente, como hombres, es decir, con inteligencia. Ahora bien, si se siguen solamente aquellas cosas que ya se han comprendido, entonces nos seguimos a nosotros mismos y no a la compañía. Se debe seguir incluso cuando no se tienen ganas. Porque un gusto renovado, gozoso, alegre, llegará atravesando la niebla de nuestros malos momentos, la oscuridad de nuestra desgana y sufrimiento.

¹¹ Mt 9,9.

Antes de ser mayores, somos pequeños. Y cuando somos pequeños no comprendemos ni gustamos las mismas cosas que cuando somos mayores. Por eso, seguir –la primera regla fundamental– es una regla que abarca la vida entera. Seguir la compañía. Se trata de seguir la compañía en tanto en cuanto está “guiada”, porque no son los compañeros como tales los que te han hecho percibir ciertas cosas, sino que el sentimiento que te une a ellos tiene su origen en que te han comunicado algo que a su vez han recibido de otros. Seguir, ante todo, a quien tiene la responsabilidad del grupo. Sea sacerdote o no. Digo “o no”, porque entre nosotros la mayor parte de los grupos carecen de un sacerdote, por desgracia. Se trata de seguir a quien resulta evidente que es “mejor”, más maduro. Recordad que abandonar la compañía porque uno está cansado o porque no se comprende, significa siempre, ¡en todos los casos!, empeorar o ir a peor.

Esta primera gran norma, esta primera regla fundamental, nos introduce al hecho de que la vida del hombre debe seguir a Cristo y para seguir a Cristo se sigue la compañía. ¿Cuál es entonces la primera consecuencia que aprendemos, y que es –al mismo tiempo– la primera necesidad para una vida racional, para una vida afectivamente intensa? Que la oración no nos resulta extraña. La oración es la primera característica de una compañía así y aquí la palabra oración pierde todo su contenido intimista y beato. Perteneciendo a esta compañía se aprende verdaderamente la oración cristiana. La oración cristiana es muy distinta de la oración del hombre natural. La oración cristiana consiste, sobre todo, en reconocer la presencia de Cristo. Como, en el caso de los apóstoles que salían de su casa por la mañana para ir a verle, para ir a escucharle. ¿Cómo se llama este contenido de la oración que es típico del cristiano? Se llama “memoria”. La oración cristiana es tomar conciencia de tu presencia ¡oh Cristo! Y por tanto no hay necesidad de pensamientos particulares, de sentimientos particulares, de palabras particulares, ni siquiera de gestos particulares. Sino que la conciencia de su presencia llega a convertirse en el contenido de mi propia conciencia. Porque Tú eres todo para mí. Tú eres todo para el hombre. Tú eres el camino, la verdad y la vida. ¡Tú eres la vida!

Por eso, justamente, la esencia de la oración cristiana es reconocer esta presencia. Es pensar en esta presencia. Cosa que uno puede hacer en el autobús, en el tren, en el colegio, en casa. Esta memoria, por otra parte, no puede dejar de abrirnos, totalmente, a la verdadera naturaleza de la oración de cualquier hombre, a la comprensión de la oración del hombre natural.

La esencia de la oración, común a todos los hombres, es la petición. El hombre es un ser pobre, que tiene hambre y sed de felicidad. Y, como los hambrientos, mendiga el alimento. Por eso la súplica es la naturaleza misma del hombre. Y la expresión de nuestra pobreza es la petición. El hombre no es capaz más que de pedir. La riqueza del hombre consiste en «pedir» a aquel que le crea, al Creador. Así, la memoria de Cristo, la conciencia de su presencia, no puede expresarse más que como una petición. ¿Qué petición? «¡Ven Señor!», es decir, «haz que yo te conozca, que te escuche, que yo viva en ti, que yo realice todo según la verdad y el afecto que vienen de Ti».

Incluso cuando uno está sumido en la oscuridad más completa, cuando uno se ha equivocado mil veces, hay una cosa que siempre puede hacer: pedir, mendigar. Y no existe nada que pueda calmar el corazón del hombre, que pacifique al hombre, como la petición. San Agustín decía que la oración es «*ascentio mentis in Deum*» (elevar la mente a Dios), es decir, tomar conciencia de Dios. Y esto se traduce, para el cristiano, en que Dios se ha encarnado en una presencia humana: Jesucristo. Y ante Cristo, ¿qué se hace? Santo Tomás define la oración cristiana de una manera muy aguda y existencial cuando dice que la oración es «la petición a Dios de cosas justas». Cabría preguntarse, ¿cuáles son estas cosas justas, sino una sola? Nuestra felicidad: comprender, amar, hacer el bien... ¡Porque hacer el bien quiere decir gozar de ello, ser más felices! ¡Porque amar de manera justa exige, de hecho, un sacrificio, pero ofrece un gusto mucho mayor!

Al principio, cuando empezábamos nuestra historia, hice el propósito de repetir siempre una frase del Evangelio: «Quien me sigue tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí»¹². Esto es, nosotros queremos el ciento por uno aquí, es decir, una vida más

¹² Mt 19, 29.

plena aquí en la tierra. Este es el objeto de nuestra petición. Por eso con gran facilidad nuestra oración se convierte en algo normal, cotidiano, y así se va madurando.

Hay un gesto, un gesto que vale más que cualquier otro, en el que Cristo nos viene al encuentro de una manera excepcional. Un gesto que es, precisamente, memoria de Cristo, conciencia de su presencia. Un gesto cuyo significado total es, precisamente, el de pedir a Cristo. Este gesto es el sacramento, en particular, la confesión y la Eucaristía. En nuestra compañía, la oración tiende a convertirse en algo tan importante como respirar cuyas dos columnas son estos dos sacramentos. Durante muchos años yo no hablé ni de la confesión ni de la Eucaristía a mis primeros grupos. Sin embargo, todos se confesaban y recibían la comunión todos los días ¡y yo jamás les había hablado de ello! Esto se debe a que descubrieron qué es de verdad la confesión, que no es un cálculo de errores y de pecados, sino que es la forma más aguda de pedir. Por tanto, la fascinación profunda de la confesión y el ejercicio de la sencillez profunda que supone, es justamente que Cristo venga a la propia vida. Cuando vamos a confesarnos expresamos la necesidad que tenemos de Cristo.

La última consecuencia de este valor de la oración –que he visto comprendido y vivido de una forma muy sencilla– es el valor supremo de la expresión humana, que se llama “ofrecimiento”. Porque “ofrecer” a Dios una cosa, una acción –¡y todo en la vida puede ser ofrecido!– significa reconocer que la sustancia de todo es Cristo, y que todo lo que se hace, en cualquier momento, es para que Cristo se manifieste en todo.

En este primer contacto con vosotros, quería decir que la regla fundamental, la norma pedagógica fundamental, es seguir aquello que hemos encontrado, la compañía guiada, y que esto cimienta la experiencia de una amistad grande, porque la verdadera amistad es una compañía guiada al Destino. El Destino se ha acercado a nosotros haciéndose un hombre: Cristo. Siguiendo esta compañía se comprende a Cristo y, con el tiempo, Cristo llega a hacerse una presencia familiar para nosotros. Y se ama a Cristo, ¡incluso si nos equivocamos más que antes!

En segundo lugar, la consecuencia de esta relación con Cristo es que nuestra vida adquiere una unidad profunda, cuyo hálito es la oración.

La oración cristiana como memoria: «Haced esto en memoria mía». ¿Qué significa “esto”? Todo. La conciencia de la presencia de Cristo hace que yo le pida: ¡la oración es petición!, pedir que Él venga. Y todo esto tiene su momento culminante en el sacramento.

De este modo, la consecuencia última es que la vida se convierte en un ofrecimiento. Es la suprema expresión de la inteligencia. Ofrecer la vida significa reconocer que la sustancia de todo es Cristo. Él es también el culmen de la afectividad, del corazón. Ofrecer significa desear, querer, pedir que Cristo se manifieste a través de nosotros en todo lo que nos rodea.

Este es el inicio del Nuevo Mundo. Una compañía humana en la cual la amistad de Cristo se convierte lentamente en todo. Por una parte, el camino es seguro y sencillo: la compañía. No hay que aprender detalles especiales. Se aprende por ósmosis. Y, por otra parte, la vida adquiere una unidad, desde su interior, desde su raíz, desde el corazón. Más tarde desarrollaré las consecuencias de todo esto. Pero lo que he descrito es el hombre nuevo. Un sujeto nuevo que ha entrado en el mundo. El hombre que reconoce que Dios ha entrado en el mundo y se ha hecho una realidad familiar para él. Y esto es justamente lo que el mundo no logra tolerar: que Dios se haya hecho familiar a nuestra vida de hombres.

NOTAS PARA VIVIR ESTE ENCUENTRO

Ya hemos visto que la regla fundamental es muy sencilla: es muy fácil que un río discurra por su cauce, seguir la compañía es lo mismo. Y uno hace lo que puede, libremente, tratando de comprender las razones y de “amar” lo que está haciendo. Se trata de hacerlo con el corazón, lo que no quiere decir que se haga sin sacrificio. Porque se puede seguir con el corazón roto de dolor.

El primer fruto de esta compañía es un hombre distinto, es decir, un hombre auténtico. El hombre auténtico es aquél que reconoce a Dios porque Dios se ha hecho visible, se ha hecho Uno entre nosotros: Jesucristo. Pero cabría preguntarse, ¿qué distingue la vida de un hombre respecto al resto de la naturaleza? La autoconciencia, la conciencia de sí, la conciencia de la naturaleza, del mundo y de toda la realidad. Por eso, la memoria de Cristo llega a ser la conciencia que tengo de mí mismo. Yo estoy en compañía permanentemente –es así,

es verdad—, porque Otro me hace momento a momento. En cada instante somos hechos por Él, por Cristo. Y la memoria de este hecho otorga una expresión auténtica a nuestra naturaleza, que no es otra cosa que la búsqueda de la felicidad, el anhelo de felicidad, anhelo de verdad y de felicidad. Es entonces cuando la realidad que vivimos se convierte en algo hermoso. Santo Tomás decía que la belleza es el resplandor de la verdad, es decir, es la verdad que nos fascina y todo se puede convertir en belleza a través del ofrecimiento. Porque también una cosa banal como el comer, al ofrecerlo, se convierte en algo grande, de valor infinito, y el hombre no se siente a gusto mas que en relación con el Infinito. Por ello, la oración pasa de ser algo extraño a ser algo familiar. Y esto es precisamente lo que califica al sujeto nuevo, porque un sujeto se define por la conciencia que tiene de sí mismo y del mundo, de las cosas y de las personas.

Quisiera delinear brevemente las consecuencias que nacen de todo esto.

Primero: nadie me es ajeno, no siento a nadie a mí alrededor como un extraño. Si nadie me es ajeno, si amo a quien está junto a mí (en clase, en el metro, en casa, en la compañía...) ¿qué hago si le amo? Le comunico lo que es la verdad y la belleza en mi vida. Por eso la primera forma con la que contribuimos a crear la compañía es comunicar —en una relación personal con quien está a nuestro lado— la fe que vivimos, la certeza que tenemos, la esperanza que brilla en nosotros. Realmente este «hombre nuevo» está marcado por la esperanza; es decir, por la certeza de que las cosas y el hombre pueden cambiar. Como nosotros ya hemos empezado a experimentar en nosotros mismos. Es algo que impresiona: la eliminación de la “extrañeza” y el surgir de una amistad, de una cercanía, de un amor.

¿Cuál es el corazón de esta relación de amistad con todos? Es la pasión por el destino del otro. Y sabemos que el destino del otro es Cristo. Entonces le decimos: ¡Ven conmigo! ¡Ven con nosotros! ¡Ven a nuestra compañía! Porque entonces serás más tú mismo, estarás más contento, tu vida será más plena, más hermosa. De aquí la pasión por comunicar tu esperanza al hombre que tienes a tu lado.

Luego la primera consecuencia es la relación personal entre nosotros, la amistad. En una compañía como la nuestra, no puede haber nadie que no se sienta mirado como una madre mira a su hijo:

eso es la amistad. ¡No existe amistad si no es así! La amistad es la compañía hacia el destino, y nadie tiene el sentido del destino... excepto nosotros que hemos sido llamados por Cristo. ¿De qué te sirve ganar el mundo entero si te pierdes a ti mismo, si pierdes la verdad de ti mismo? ¿Qué dará el hombre a cambio de sí? Esta pregunta de Cristo exalta el valor de esta pequeñez que es la persona. En Italia, en la liturgia del matrimonio, hay una palabra muy reveladora que el hombre dice a la mujer y la mujer al hombre: «...prometo amarte y honrarte todos los días de mi vida...» “Honrar” es estimar, es respetar, es amar, es tener pasión. Así, si no empezamos a vivirlo entre nosotros, tampoco será así con vuestra mujer o con vuestro marido.

Segunda consecuencia: mi vida queda vinculada a los que han aceptado la llamada de Cristo, toda la vida queda implicada y comprometida con esta compañía de personas que reconocen que Cristo se hizo hombre, persona, compañía. No porque estemos siempre juntos, sino porque, por ejemplo, si estoy en casa estudiando y no tengo ganas, pienso ¿qué me diría la compañía en este momento? ¡Entonces tengo una razón más para ponerme a estudiar!

En una palabra, esta compañía (las personas que se comprometen en ella) tiene que sugerirnos los criterios para afrontar y juzgar todos los problemas de la vida. Y los problemas de la vida son en primer lugar los problemas que me afectan personalmente. Por ello la compañía nos sugiere cómo tratar a nuestros padres, cuál es el valor y el modo exacto de tratar al hombre y a la mujer, cuál es el significado del trabajo en nuestra vida, qué sentido tiene el sacrificio en las relaciones entre nosotros. Nuestra compañía nos ayuda indicándonos lo que responde a todos estos problemas. Y debe ayudarnos a mantenernos fieles a lo largo de nuestra vida a esta respuesta. De aquí la importancia del encuentro personal y de la reunión. Primero el encuentro personal, después la reunión.

Durante la reunión, la memoria de Cristo nos ayuda a caminar constantemente. Cuando yo era pequeño recuerdo perfectamente cómo en el colegio la imagen de la figura de mi padre y de mi madre me ayudaban a comprender cómo debía comportarme en clase. Así nuestra compañía nos tiene que ayudar mucho más profundamente

que la propia familia. A menos que la familia forme parte de una compañía cristiana. Porque esta compañía toca la raíz del hombre, el destino del hombre. Esta compañía nos debe sugerir criterios y juicios para afrontar en primera persona todas las situaciones y los problemas personales. No es que tengamos que poner encima de la mesa nuestros problemas íntimos; son los criterios y las actitudes que emergen de esta compañía los que constituyen una sugerencia para nosotros y los que nos deben sostener.

Ahora bien, las exigencias de nuestra persona no son sólo las exigencias privadas y los problemas estrictamente personales. Más bien al contrario, esta es una falsa distinción. Esta compañía nos debe ayudar a encontrar los criterios justos para poder juzgarlo todo, para abarcar al hombre completo.

Nuestra historia empezó con un grupo de chavales en el instituto, que tomaron una actitud clara en nombre de la fe en una asamblea de aquel centro, ¡al igual que el manifiesto de Córdoba!¹³ Como en aquel instituto había profesores de Filosofía y de Historia que hablaban contra la fe, nos reuníamos para discutir todos los puntos, y una vez al mes publicábamos unas octavillas que repartíamos a todos los compañeros del instituto. En aquellos papeles tratábamos alguno de los puntos en los que los profesores habían hablado en contra de la fe. Estas octavillas a veces se convertían en pequeños fascículos que hacían los propios chavales, después de estudiar el problema por su cuenta. Recuerdo que uno de aquellos fascículos era sobre Galileo Galilei... Y cuando el Papa pronunció su discurso sobre Galileo Galilei, abordando sus relaciones con la Iglesia, fue algo tremendamente sorprendente porque repitió lo que nosotros habíamos escrito en aquel fascículo 25 años antes, ¡y estaba hecho por estudiantes de bachillerato!

Hemos de juzgar todos los problemas, la realidad entera, con un criterio que no nace de los juicios y noticias que suele ofrecer la prensa. No se es hombre, y mucho menos cristiano, si no se juzgan las cosas, los hechos, según los criterios de la compañía eclesial. Es necesario un juicio sobre cada cosa. Ya lo decía san Pablo a los más ignorantes, a los más pobres, que eran los cristianos de Tesalónica:

¹³ Ver ANEXO I en p. 53.

«Juzgad cada cosa, juzgad todo y retened aquello que es mejor, lo auténtico, lo que es verdadero». Tenemos que tener hambre y sed de conocer todo y de responder, de experimentar cómo la fe responde a todo. Nosotros no asumimos las opiniones y juicios de cierta prensa. ¿Por qué? Porque esos juicios son mucho menos humanos que los que nos sugiere nuestra compañía. ¿Es la verdad del hombre lo que nos interesa! Por lo tanto, primero el encuentro personal; y segundo la reunión, el encuentro dentro de una compañía que nos sugiere juicios y criterios para vivir y para juzgar los hechos personales y los de la vida de la sociedad.

Este segundo aspecto puede encontrar una ayuda valiosa en la lectura de libros adecuados. Por eso nosotros establecemos, cada dos meses, un libro que proponemos leer. Así, cuando nos reunimos, hablamos, discutimos tomando como base a los escritores más destacados de nuestra época. Durante mucho tiempo en nuestras salidas¹⁴ utilizamos una recopilación de textos tomados de todos los escritores posibles e imaginables, de todos los tiempos, para que la conciencia de la fe pudiera juzgar las posiciones negativas, en su caso, o recoger lo mejor de las posiciones positivas.

¡La muerte del hombre es la alienación y la alienación se produce cuando el hombre siente y juzga a partir de lo que otros le dicen! Es decir, a partir de lo que sugiere el poder. Y el poder tiene instrumentos irresistibles para imponerse: los medios de comunicación, los colegios, la propaganda, la publicidad... ¡la fe es libre de todo esto! La fe no censura ningún problema ¡lo afronta! y ofrece un visión mucho más adecuada, que no necesita olvidar ni renegar de nada. Porque, recordad, el error se desenmascara gracias a supunto flaco: para mantenerse necesita olvidar o negar algo. ¡Y este es el sistema que utiliza a menudo la prensa! ¡Este es el punto que delata la falsedad de la televisión! ¡Esto es igualmente lo que descubre la posición errónea de muchos maestros y profesores!

La fe ha sido para mí un descubrimiento personal que me entusiasmado. La fe libera la razón; la fe nos permite comprender que la razón es la conciencia de la realidad según la totalidad de sus

¹⁴ Las “*Tre giorni*” eran encuentros que realizaban durante un fin de semana al comienzo de curso o en Semana Santa.

factores, porque cualquiera que sea la actividad que vayamos a desempeñar en la vida tenemos que ser humanos. Ser humanos significa mirar todo, ver todo, comprender todo y amar el bien. «Mirar, juzgar todas las cosas y retener lo mejor, lo verdadero». La verdad no es relativa: o una cosa es o no es; por eso os digo: retened la verdad.

Señalo un tercer punto. Comienzo con unas palabras del Papa «La experiencia cristiana comprendida y vivida así, genera una presencia que pone en cada una de las circunstancias humanas a la Iglesia como lugar donde el *acontecimiento* de Cristo vive como horizonte pleno de verdad para el hombre»¹⁵. El horizonte en el que los problemas del hombre pueden ser comprendidos y afrontados es la Iglesia. Tenemos que aprender, a través de nuestra compañía, a afrontar todos los problemas que surjan, a juzgar de manera verdadera todas las experiencias, para que se dé un nuevo tipo de relaciones en el mundo. Nuestra compañía es como la primera piedra para la construcción de una nueva humanidad, que tiene que crecer en el mundo. Por eso queremos llevar esta compañía al colegio, a los institutos, a la universidad, a nuestro barrio, a la parroquia, al trabajo... para que a través de este crecimiento, de esta expansión, podamos construir también la sociedad.

No comprende a Cristo, ni los propios problemas humanos, quien no tiene una pasión verdadera por el cambio de la sociedad. Y este cambio de la sociedad empieza en mí, luego crece y se realiza en el ámbito de la compañía. Y crece, por consiguiente, en la sociedad, empezando por el ambiente en el que vivimos, donde trabajamos: familia, universidad, parroquia, trabajo... Por esta razón el Papa dice: «Afirmar humildemente, pero con igual tenacidad, a Cristo principio y motivo inspirador del vivir y del obrar significa adherirse a Él, para hacer presente adecuadamente su victoria sobre el mundo».

¿Qué consecuencia tiene la victoria de Cristo sobre al mundo? ¿Cuál es el signo de la resurrección que cambia lo humano? Que lo humano se convierte en más humano. Victorino, el último gran maestro romano de retórica del s. IV, el intelectual de Juliano el apóstata, anunció un día su conversión y comenzó su discurso afirmando: «Cuando encontré a Cristo me descubrí hombre».

¹⁵ Discurso del 29 de septiembre de 1984.

Nosotros creemos en Cristo muerto y resucitado, es decir, creemos en que Cristo ha vencido los límites que definen al hombre, el tiempo y el espacio; creemos que la novedad última, el mundo definitivo que se revelará al final de la historia comienza ya ahora. ¡Cristo ya ha resucitado! Por eso el fin del mundo ha comenzado ya. De esto tenemos que hacer experiencia. ¿Cómo? Del mismo modo que sucede a uno que sólo ha vivido de noche y no sabe lo que es el sol, cuando ve el alba, se asombra, le sorprende el comienzo del día. La resurrección de Cristo es el comienzo del “día final”, de la vida eterna. La liturgia lo llama «prenda» de lo que veremos cara a cara al final. No vemos todavía este sol, pero tenemos el presentimiento cierto, el alba, que ya experimentamos. Me refiero a lo que dije antes sobre la alegría. La alegría es el alba del paraíso, la paz que Cristo nos ha dejado, que –escribe Paul Claudel–, se compone en partes iguales de alegría y de dolor.

Por eso no podemos contentarnos con nuestra vida privada: somos para el mundo. ¿Qué recibiste el día del Bautismo? Recibiste a Aquel que ha salido a tu encuentro y te ha permitido comprender qué es la fe, para darla a los demás, para que el mundo llegue a ser más humano y, haciéndose más humano, comprenda que el Señor «está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo». Hace tres años, el Papa vino al Meeting de Rimini¹⁶. Pensad que en el Meeting hay de todo: conferencias, bailes, cantos, danzas, deporte... porque la esencia del Meeting está en que el pueblo cristiano sabe afrontar la realidad con más inteligencia, con más gusto que todos los demás. Pues bien, en el Meeting el Papa dijo: «Vosotros estáis haciendo realidad la finalidad de la Iglesia». Y... ¿cuál es la finalidad de la Iglesia? La respuesta nos sorprendió: «La finalidad de la Iglesia es crear la civilización de la Verdad y del Amor». La civilización del Amor y de la Verdad es la civilización de lo humano: es un mundo más humano. ¿Es esta la finalidad de la Iglesia? ¿No era la salvación

¹⁶ Una iniciativa de encuentros culturales, espectáculos musicales y exposiciones que se celebra en agosto en la ciudad de Rimini desde 1980 y a la que, actualmente, acuden cada verano en torno a 800.000 personas de todo el mundo. Promovida por algunos miembros de *Comunión y Liberación*, implica a miles de voluntarios y quiere ser un espacio de encuentro y amistad que sirva para la construcción de la paz y el bien común (<http://www.meetingrimini.org/>). El Papa Juan Pablo II estuvo en el Meeting de Rimini en 1982.

de las almas? Esta es la finalidad de la Iglesia: hacer que nuestra vida se convierta en más humana y que también la vida del mundo sea más humana. Así, a través de este milagro, comprendemos que Cristo está realmente presente entre nosotros, y entonces el camino para la salvación del alma será más convincente y decidido.

¿Por qué nuestra fe es tan débil? ¿Porque nuestra fe no es experiencia de una vida nueva! La fe es el ciento por uno aquí en la tierra. Yo les decía a los chicos del instituto: «Si me seguís, querréis cien veces más y mejor a vuestra chica —o a vuestro chico—, entenderéis cien veces mejor a vuestros padres, amaréis mil veces más vuestro trabajo, tomaréis gusto por el estudio, querréis cien veces más y mejor la vida de la sociedad y sabréis crear estructuras e instrumentos para hacer que esta vida nueva sea más “visible” en la sociedad». Comprendéis cómo aquellos chavales, a medida que fueron creciendo, y como una consecuencia lógica, crearon lo que llamamos el *Movimento Popolare*, una realidad de iniciativas sociales, culturales y políticas nuevas¹⁷. ¿No lo han creado con fines políticos! ¿No se han movido por el poder! Lo han hecho únicamente para que los hombres vivan mejor. No amo a Cristo si no deseo que los hombres vivan mejor. Pero los hombres viven mejor si Cristo es amado: *Comunión y Liberación*.

Comunión es esta compañía que nace de Cristo. Cuanto más crece esta comunión, más se siente uno libre como hombre, y el ambiente en el que uno se encuentra se convierte en más humano. Esta fue la respuesta que dimos en el 68 a toda la contestación juvenil. Por eso nosotros somos lo que vosotros sois: nuestra historia y vuestra historia tienen las mismas raíces, los mismos principios y el mismo fin. Pues hoy en la vida de la Iglesia la mayor necesidad que existe es precisamente ésta: que surja un movimiento según la historia de cada cual; un gran movimiento de amigos comprometidos según las

¹⁷ El *Movimento Popolare* surge en 1975, en un momento de crisis de la sociedad italiana. Eran los años de la violencia terrorista, que trataba de abatir la democracia, los años en los que en los institutos y en la universidad los grupos marxistas-leninistas impedían la expresión de cualquier otra identidad cultural. Eran también los años de la disgregación del tejido social italiano. El *Movimento Popolare* surge para comprometerse en este terreno social y cultural y para hacer presente la contribución de los cristianos. Nace de un grupo de 30 personas, comienza en Milán y después se va extendiendo por toda Italia, hasta llegar a ser una genuina forma de construcción dentro de la sociedad italiana.

circunstancias de su vida. Un gran movimiento en el que la fe vuelva a ser aquello que fue en los primeros siglos: el descubrimiento de una humanidad más humana.

El hombre por sí mismo no puede ser verdaderamente hombre. Sólo con Cristo el hombre puede ser hombre. Es lo que dijo Juan Pablo II en la UNESCO. Vosotros lo llamáis *Nueva Tierra*. ¿Qué quiere decir *Nueva Tierra*? Nueva humanidad. ¿Qué quiere decir que Cristo sea Redentor? Que sin Él, el hombre no es hombre.

24 DE JULIO DE 1985

ASAMBLEA

Pregunta: El mundo de hoy está casi muerto, es superficial, ¿qué actitud podemos tener para amarlo?

Don Giussani: Es una pregunta muy justa. Nosotros no amamos las respuestas que este mundo da, amamos al hombre; al hombre con sus problemas en este mundo. Además, este mundo no es superficial: es radical. Radical quiere decir que afecta a la raíz. Y la raíz de la realidad es Dios, ¿sí o no? O bien, la otra versión de esta alternativa: ¿el hombre es todo o no lo es? Tenemos que optar: o lo es o no es ¡Esto no es un problema superficial! Es un problema verdaderamente profundo.

Hace cuatro días, fui a Trento en donde el derrumbe de una presa ha matado a mucha gente¹⁸. Fui por tres de los que habían muerto (en concreto, una era una chica de 14 años guapísima, muy vivaz y una de las mejores del movimiento), y comprobé, una vez más, que el problema que plantea la muerte, la catástrofe, es algo a lo que no puede responder el pensamiento de Sartre o de Moravia. Los periódicos no pueden decir nada ante este reto; pueden publicar muchos artículos sensacionalistas y escandalosos sobre los errores técnicos en la construcción de la presa, pero no pueden responder al problema de aquella chica muerta, de esa amiga que ha muerto.

P: No sé si es el momento oportuno, pero me gustaría que hablara un poco sobre la forma que adquiere el laicismo en algunos planteamientos dentro de la misma Iglesia, o más en concreto, de la labor de la Iglesia en el mundo.

DG: Agradezco mucho esta pregunta porque así me facilitas que pueda añadir algunas cosas que no he podido desarrollar suficientemente. Hoy un movimiento nace en la Iglesia justamente para liberarse del laicismo que está dentro de la propia Iglesia. ¿Y cuál es el laicismo que está dentro de la Iglesia? Una manera de concebir el cristianismo como ajeno

¹⁸ El 19 de julio, en una zona al pie de los Dolomitas, se rompió un dique dejando caer, de golpe, 250.000 m³ de agua sobre el pueblo de Tésero, provocando más de 250 muertos.

a los problemas de la vida. Una concepción del cristianismo que lo reduce a doctrina, a una lista de normas morales, a unos ritos en los que participar. Y todo esto junto a un confuso miedo de lo que sucederá al final. ¡Este es el laicismo que ha penetrado en la Iglesia! Y el origen, la fuente de esta concepción muy difundida es la reducción del cristianismo a “palabra”: palabra de Dios, palabra del Evangelio o, simplemente, palabra. Porque, si el cristianismo es palabra... ¿cuál es el significado de esta palabra?, ¿quién la interpreta?, ¿cada conciencia la juzga o la siente como quiere? De este modo el cristianismo queda reducido a emoción religioso-moral. Al final, para lo único que sirve es para apoyar ciertos valores que se asumen de la cultura dominante, por ejemplo la atención a los marginados o el voluntariado social. Es decir, el cristianismo sólo tiene respuesta para lo que está al margen de la estructura y del dinamismo de la vida social: de los marginados, de los problemas del tercer mundo, de los enfermos... ¡que se ocupen los cristianos! Así se llega a un cristianismo totalmente reducido a esta acción social, cuando esta atención es, simplemente, un corolario del cristianismo.

P. Una pregunta en esta misma línea. ¿No se introdujo el laicismo en la Iglesia al terminar el Concilio Vaticano II? No en el Concilio, sino después, por medio de la teología de la secularización (que ha sido la causa de las crisis que está viviendo hoy la iglesia). El Concilio Vaticano II habló de «secularidad». Da a las realidades temporales una cierta autonomía relativa, no absoluta, en cuanto que tienen su origen último en Dios, y sin Dios no se sustenta ningún valor del hombre. Pero aparece después la teología de la secularización, que introdujo gérmenes de laicismo dentro de la Iglesia al afirmar que el hombre moderno satisfecho por la técnica, no necesita a Dios y que Dios no interviene sobrenaturalmente en el mundo. Es el Dios del laicismo, que queda allí en la trascendencia de la nube, sin intervenir. Eso hizo que el sacerdote tuviese un tremendo complejo ante el mundo de hoy. No está seguro ni de que el hombre necesite a Dios ni tampoco está seguro de la intervención de Dios. ¿No se introduce aquí esta crisis actual de la iglesia, al confundir la «secularidad» del Concilio (que es legítima) con la secularización que abre paso al laicismo en el seno de la Iglesia y que nos hace perder la certeza de nuestra fe?

DG: Lo que he llamado “laicismo” se llama ahora “teología de la secularización”, o también históricamente “teología de la liberación”.

Incluso una carta de una cierta conferencia episcopal europea –que no es la española– ha dicho: «¿Cuál es el objetivo de la Iglesia? El objetivo de la Iglesia es apoyar y mantener los valores éticos más importantes del Estado». ¡No hay necesidad de ser cristiano para hacer eso!

P: ¿A qué se refiere al hablar de moralismo?

DG: No se es más cristiano porque uno se equivoque menos que los demás y sea más perfecto, sino sencillamente porque, perteneciendo a Cristo, se es parte de la compañía eclesial. Lo que hace de mí un sujeto nuevo es algo nuevo. No el que yo sea mejor que los demás. Hay que expulsar el moralismo, ¡y viva la auténtica moralidad! La moralidad es amar a Cristo.

P: A partir de su experiencia, ¿podría aludir a las incomprendiones por parte de los que ya pertenecen a la compañía? ¿Cuáles son las dificultades que vosotros mismos encontráis?

DG: Sólo una cosa puede bloquearme en la compañía: el no asombrarme por Cristo, el no buscar a Cristo. No constituyen una objeción seria la diferencia de caracteres, el esquematismo de la gente, la miopía de los amigos, el olvido, la desmemoria de los amigos, la soledad de tantos momentos, las acusaciones injustas, la “extrañeza” que el mundo manifiesta hacia nosotros (extrañeza que duele más cuanto más amamos a los que se sienten extraños a nosotros)... todas estas cosas no son objeciones, no son problemas para nosotros, porque es justamente en la compañía donde su Presencia nos alcanza... Cristo no dijo yo estaré presente allí donde se reúna la compañía de los mejores. Dijo, simplemente, que estaría en medio de la compañía que le reconociese, al igual que tú me reconoces a mí; por eso, yo me encuentro más a gusto en esta compañía que en la de los perfectos.

P: Yo quiero preguntar dos cosas: ¿cómo se construye concretamente la compañía para que ésta toque el corazón de la persona y lo lleve hacia una humanidad distinta? y ¿en qué se concreta humanamente el seguimiento?

DG: En la práctica es más sencillo seguir la compañía que responder a estas preguntas. Si yo estoy a la espera de algo y siento el acento, la voz de aquello que estoy esperando, voy tras ello, me reúno con esas personas. Ciertamente no estaré comiendo, trasnochando y

pasando todo el día con ellos; estaré unido a ellos como una referencia para mí mismo. Si el acento de la voz que responde a lo que espero es la de un sacerdote, estaré con él. Si el acento de esa voz me viene de dos o tres amigos, me uniré a ellos; si el acento de esta voz me viene de la lectura de un panfleto puesto en la universidad de Córdoba, iré a buscar a quien puso ese papel... Y ¿qué podemos hacer juntos? Todo lo que queráis o todo lo que se pueda... No se puede describir detalladamente qué quiere decir que yo soy amigo de José Miguel. Esta noche iré a dormir a su casa. Y dentro de un mes él vendrá a buscarme a Milán. Cuando lo pienso digo ¡qué gran hombre! Cuando lo veo, lo abrazo. Si tuviese necesidad de dinero se lo pediría.

P. Ha hecho mención del Movimento Popolare, e igualmente hablaba hace poco del grupo de los célibes dentro de CL. Quisiera saber ¿qué misión tiene y qué relación hay entre estos grupos? Y ¿qué función cumplen dentro del movimiento?

DG. Se trata de realidades profundamente autónomas. Por ejemplo, si uno construye una familia, ¿qué tiene que ver esto con CL? ¿Es el movimiento el guía de la familia? No. Son el hombre y la mujer concretos los que configuran la familia. Pero el hombre y la mujer están “ensimismados”, inmersos, en la vida del movimiento. Y de esta forma, construyen su familia de un modo distinto. Si un grupo, al acabar la universidad, quiere formar una cooperativa... los responsables de esa cooperativa son ellos mismos: son autónomos.

Por eso el tipo de formación en una fe madura –como hemos descrito antes– genera una gran sensibilidad hacia los problemas de la vida social. Y por eso genera muchas iniciativas que afrontan determinados problemas creando estructuras nuevas, inspiradas en la visión cristiana del hombre. Llamamos en Italia *Movimento Popolare* al conjunto de todas estas obras sociales, culturales y políticas que han surgido de la gente del movimiento; pero estas realidades son libres, autónomas.

Lo que llamamos Grupo Adulto¹⁹ es la compañía, el conjunto de personas del movimiento que han reconocido su vocación de entrega

¹⁹ Se alude aquí a la Asociación eclesial “Memores Domini” que recibiría la aprobación canónica de la Santa Sede como “Asociación eclesial privada universal”, el 8 de diciembre de 1988, y que, popularmente, se conoce como Grupo Adulto.

total a Dios en virginidad. No se trata ahora, supongo, de explicar todo esto, pero el Grupo Adulto lo forman alrededor de 600 personas y es una realidad precisa, autónoma, con una dirección propia, similar a lo que podría ser una orden religiosa, “como si fuese”, sólo algo similar puesto que son laicos (no es cuestión de detallarlo aquí ahora).

Además ya he tenido una reunión con un grupo en la que se ha hablado de todo esto. La idea fundamental es que el cristiano debe vivir la memoria de Cristo en todo lo que hace. Y esta vocación específica del Grupo Adulto es como un signo para todos. Son personas que comparten la vida de todos, el trabajo de todos... No viven en conventos sino en casas, como una familia normal. Y el objetivo central de su testimonio es el de recordar a todos, visiblemente, que lo más grande de la vida es vivir la memoria de Cristo en el trabajo. Su testimonio está centrado en esto. La realidad del Grupo Adulto es, ciertamente, la consecuencia más vertiginosa de nuestra formación.

Ahora bien, lo que es importante comprender, es que la vida, la educación, el movimiento –como espero que hayáis comprendido–, comienza con las relaciones personales y tiene como pilar importante la reunión semanal y como objetivo el de ofrecer a todos lo que nos hace a nosotros seguros y alegres. Como nos dijo el Papa, en aquel discurso: «Id por todo el mundo –fue lo que dijo Cristo a sus discípulos y yo os lo repito hoy a vosotros–, id por todo el mundo a llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo Redentor»²⁰. La verdad, la belleza y la paz, es decir, la verdad del hombre.

P: Quisiera preguntar si podría especificar la estructura de autoridad dentro del movimiento y, sobre todo y más importante, los aspectos que permiten reconocer y determinar esta autoridad.

DG: La autoridad, en nuestro movimiento, normalmente se identifica con la persona que es *autor* del grupo, el que genera el movimiento. Por esto, normalmente la autoridad tiene un origen histórico. Puede ocurrir que uno cree un grupo y, pasado un tiempo, surja gente dentro de ese mismo grupo mejor que él, pero el

²⁰ Juan Pablo II, discurso al movimiento de Comunión y Liberación en el treinta aniversario de su nacimiento. Roma, 29 de septiembre de 1984.

responsable sigue siendo él. El responsable de grupo no es el mejor, normalmente es aquel al que el Señor ha dado la capacidad de construir esa compañía, de crear esa reunión. La característica más importante de un responsable es justamente la de saber él mismo, en primera persona, obedecer y, al mismo tiempo, valorar dentro del grupo a aquellas personas que son mejores que él. También en la Iglesia, en su conjunto, se dice que la autoridad debe valorar los distintos carismas. Por lo tanto, la respuesta concreta a tu pregunta es que el responsable normalmente es aquel que crea el grupo. Y, a veces, una persona que es designada por el Centro del movimiento para ese grupo.

P: ¿Puede hablarnos de la relación entre los diferentes responsables de los distintos grupos?

DG: Nuestro movimiento es una gran amistad. En los 30 años de existencia de CL jamás hemos tenido un problema sobre cuestiones de responsables. Normalmente, por tanto, el responsable último del movimiento es aquel con el que el movimiento empezó. Éste eligió algunos como colaboradores suyos y, cada cierto tiempo, hay reuniones de los responsables. Con esto quiero decir que cada grupo es muy autónomo. Pero es reconocido por el movimiento si se nota su “atención” a las orientaciones del responsable último. Para esto existen instrumentos: existe un Consejo Central, una diaconía regional, una diaconía en cada diócesis y luego una diaconía en cada grupo.

¡Pero todas estas cosas son completamente secundarias!

P: ¿Qué propuesta ofrece el movimiento sobre el matrimonio y la creación de una familia, frente al abandono de nuestra sociedad (familias burguesas y cerradas)? ¿Cómo lo llevan a cabo dentro del movimiento?

DG: Nosotros decimos que la imagen del hombre y de la mujer en el matrimonio brota de la vida del movimiento que uno vive. Si uno vive su fe verdaderamente, tal como el movimiento aconseja, ante todo comprende que el primer valor de la vida es servir a Cristo, es decir, edificar su reino en el mundo, o sea, construir la Iglesia. Y por tanto, construir nuestra comunidad, construir nuestro movimiento. Por ello, toda la vida está en función de esto y esto hace que quede absolutamente claro lo que es más importante en la preparación al matrimonio, es decir, que la fuerza, la belleza y la fidelidad en el

matrimonio no residen en el ímpetu afectivo, en la atracción afectiva, sino que se hallan en la conciencia de la tarea que Dios nos confía. Y la tarea central que el hombre y la mujer reciben es la de iniciar continuamente, desde la base, la construcción de la comunidad, de la Iglesia, del Reino de Dios, de la Gloria de Cristo. Con sus hijos y con toda la trama de relaciones sociales en las que se hallan inmersos. Porque la trama social se apoya en la familia. Hoy no se puede amar a los hijos sin estar profundamente alarmados por la televisión laicista o por la instrucción estatal donde los hijos pueden escuchar cualquier cosa. Por tanto, una familia que nace de nosotros, en primer lugar, tiene el sentido de la tarea del propio destino y por eso, mediante los hijos, cumple el propio papel social. ¿Comprendéis?, la atracción afectiva, el impulso afectivo puede existir o no, porque en este mundo todo cambia. Por esa razón la cultura mundana dice que es imposible la unidad permanente entre el hombre y la mujer. Así comprendemos que el tipo de educación que el movimiento ofrece desaconseja que la razón fundamental para casarse sea el enamoramiento absoluto, que tampoco es seguro.

Lo que en cambio resulta absolutamente necesario es responder a esta pregunta: ¿con esta mujer, con este hombre, es previsible que pueda mantener y desarrollar la tarea de la vida con suficiente correspondencia entre ambos? ¡Suficiente! No que el otro resulte ser el caballero ideal. Esto último es el «quijotismo» [qué pena! Don Quijote no es un romántico!] de los jóvenes.

Por último os diré que con el tiempo, si vosotros amáis vuestra tarea, entonces, inexplicablemente, el afecto crece enormemente, sin que exista ese fuerte impulso. Y se convierte en un apego enorme, que a su vez es dimensión permanente de la persona, roca sobre la que se puede construir, pero no quería hacer aquí una homilía sobre el matrimonio.

P: La segunda parte de la pregunta era sobre la concreción de todo esto. ¿Cómo se vive este tipo de familia cristiana dentro del movimiento?

DG: Lo que diferencia la familia burguesa de la pareja no burguesa es que la pareja burguesa tiene como objetivo el hacer lo que le parece y lo que le place, mientras la pareja no burguesa es la que comprende que la vida está en función de una tarea. Una tarea para Dios y para los

hombres. Y esto tiene consecuencias familiares. Por ejemplo se ha ido construyendo una inmersa red de Casas de Acogida, solamente en Milán existen alrededor de 1.000 personas implicadas en esta labor. Esto significa que si llega una persona que no tiene dónde ir o dónde residir, no tiene más que llamar a una de estas familias (dentro de ciertos límites, como es lógico).

En segundo lugar, otro signo de este tipo de educación es una gran movilización en favor de la adopción, en todas sus formas. Por ejemplo, no sólo se fomenta la adopción de un hijo por una familia que no tiene ninguno, sino que muchos de nuestros matrimonios, además de sus 2 ó 3 hijos naturales, adoptan otros.

Estos son simplemente signos. No es obligatorio, por supuesto, que esto sea así.

En tercer lugar, quisiera aportar el dato de que estas familias, con todas las obligaciones propias de cualquier familia, asumen responsabilidades en una comunidad. Trabajan en el seguimiento de grupos de jóvenes, de trabajadores, y, en particular, de un gran movimiento en favor de los minusválidos, que incluso son adoptados en las casas. Por ejemplo, hace poco tiempo, hemos realizado un congreso sobre minusválidos y ha sido el congreso más importante que se ha realizado en Italia.

Yo jamás he hecho una descripción detallada de cómo viven nuestras familias, pero tendré centenares de cartas que me servirán para cuando no pueda seguir caminando. ¡Esperemos que no me venga pronto una arterioesclerosis!

El padre Fidel podría contaros cómo familias enteras van, un año, dos, tres ó cuatro años, a cooperar a África en hospitales ¡y son docenas y docenas de familias que viven así!

Por último, nuestras familias sostienen económicamente el enorme presupuesto del movimiento. Cada familia aporta al fondo común el «diezmo», o sea, colabora mensualmente con una décima parte de su salario. Y así, por ejemplo, este año para sostener los grupos del movimiento en la misión podemos gastarnos alrededor de 40 millones de pesetas.

Nuestras familias han dado origen, como una iniciativa más dentro del movimiento, al llamado Sindicato de las Familias, cuyo objetivo es defender el derecho de las familias en el campo social.

Pero, perdonad, estas cosas las haréis vosotros con el tiempo. Estas y cien veces más. ¡Lo importante es cómo se vive ahora mismo!

Es necesario estar impactados por el hecho de reconocer a Cristo en medio de nosotros, y que esto es lo que nos une a todos, para que diariamente lleguemos a desear el cambio del mundo entero. Puede que logremos incluso cambiar nuestro país, nuestro pueblo, ¡de hecho un millar de los nuestros han sido elegidos concejales en las últimas elecciones municipales italianas!, pero no es el poder lo que nos interesa, sino el servir a los hombres por amor a Cristo, de manera que esto les haga comprender quién es Cristo.

P: Si ya llevaban diez años antes del Concilio ¿la puesta en práctica de éste supuso hacer algún cambio en su orientación o reafirmó la vida que ya llevaban?

DG: A medida que el Concilio se iba desarrollando, una de las cosas que más agradecíamos a Dios era el comprobar cómo los textos conciliares iban confirmando muchas de las intuiciones sobre la cuales se había construido muchos años antes, ¡quince años antes!, el arranque del movimiento. Por ejemplo, la idea fundamental del Concilio Vaticano II, cuando afirma que el valor del hombre radica en el hecho de haber sido llamado por Cristo y en el ser fiel a Cristo, era ya una de nuestras primeras preocupaciones. Además aquí se encuentra el auténtico relanzamiento de la laicidad del seglar, es la auténtica victoria sobre el clericalismo, porque cada fiel es responsable de la Iglesia, en la unidad y en la disciplina, y también es responsable de la Iglesia de Cristo en el mundo. Nosotros lo vivíamos así. El documento sobre liturgia, y tantos otros, son muy claros al respecto.

A los diez años de la conclusión del Concilio, creo que hemos sido los únicos, no solo en Italia, sino en toda Europa, en realizar un congreso de estudio sobre esos diez años de posconcilio y el mejor texto de este encuentro, que os recomiendo, es el que lleva por título *Comunión y Liberación y el Concilio*.

P: Quisiera saber si la formación cultural ha tenido gran importancia en el movimiento. Y si esto es así, ¿cómo se lleva a cabo desde que se es niño hasta que se adulto y qué papel juega esta formación dentro de la pedagogía del movimiento?

DG: En las exposiciones anteriores no he tenido tiempo para detenerme en nuestra idea de cultura. Para nosotros la cultura es esa concepción del mundo y de uno mismo, que determina las relaciones de cada uno con la realidad entera. Por ejemplo, unirse para formar una compañía, es un acto de cultura. Reunirse todas las semanas para discutir, desde el punto de vista de la fe, los hechos acontecidos tanto de la vida personal como de la vida social, es desarrollar una formación cultural. Tener un texto, que se discute a lo largo de todo un año para profundizar en la concepción cristiana del hombre, esto es hacer cultura. Eso es lo que llamamos Escuela de comunidad. La selección de un libro cada mes o cada dos meses y la indicación de su lectura a todos en el movimiento, de manera que permita reflexionar sobre la condición humana hoy y sobre la respuesta cristiana a esa condición humana, es hacer cultura. Indicar películas a las diferentes comunidades del movimiento y organizar la discusión sobre esas películas es hacer cultura; como también lo es el hecho de reunir esfuerzos económicos importantes en el movimiento para poder reproducir y hacer copias de algunas películas de la historia del cine, que han sido censuradas o marginadas por su perspectiva cristiana, para proyectarlas luego en los Centros Culturales; esto es hacer cultura. Por ejemplo las películas de Carl Theodor Dreyer, que no se encontraban más que en copias amarillas en las filmotecas, porque son películas excesivamente cristianas, aunque en este caso desde una perspectiva protestante. Hemos reunido y pagado un montón de dinero para reproducir dos de sus películas.

Fundar una Editorial que seleccione y publique textos que permitan comprender la cultura moderna y responder a ella desde una perspectiva cristiana, esto es cultura. Pero todo esto se apoya en unos hechos muy sencillos: la pasión por el estudio serio. El estudio serio que, por supuesto, es algo bastante más amplio que hacer bien los deberes, que cumplir con unos ratos de estudio. Es muy común que en nuestras las universidades los grupos del movimiento se reúnan para estudiar juntos. En los colegios, en los institutos, los chicos aprenden a reunirse para hacer lo que llaman una «revisión cultural»: juzgar confrontando con la verdad objetiva las lecciones de historia, de filosofía o de literatura que los profesores no cristianos imparten. Hasta hace poco, todos los meses se editaba una «ficha» en la que se afrontaban problemas específicos de este tipo.

La idea de que Cristo es el centro del cosmos y de la historia es fecunda hasta tal punto que nuestros amigos son capaces de afrontar, desde esta convicción, la lectura de toda la producción literaria, de cualquier texto, sabiendo detectar en ese escrito el afecto a Cristo que, aún inconscientemente, está presente en toda genialidad humana, en cualquier expresión auténticamente humana. Por eso es normal que muchas reuniones nuestras se hagan basándose en antologías de textos de escritores de cualquier idea. Algunos grandes autores católicos, o convertidos al catolicismo, han sido relanzados a la escena cultural italiana por nosotros; por ejemplo, Paul Claudel, Charles Péguy, Oscar Vladislas Milosz, autor de *Miguel Mañara*, etc. Por eso, desde la seriedad del estudio, revisamos juntos y desde el punto de vista de la fe, todo aquello que el genio humano escribe.

Creo que está claro que la educación cultural es esencial para nosotros, que la cultura es fundamental para nosotros. Por eso muchos de nuestros universitarios siguen la vocación de la enseñanza, a pesar de ser menos rentable económicamente que otras salidas, para ser testigos de Cristo y testimoniar a Cristo con una enseñanza nueva. También por esto, muchas de nuestras familias son tan poco burguesas que dedican una parte importante de su dinero a la construcción de centros de enseñanza libres, planteadas según estos fundamentos. En este sentido, se han creado ya en Italia 60 colegios.

P: Partiendo de este nivel cultural, ¿cómo llega el movimiento a las clases más bajas, al obrero, al trabajador, a la persona humilde? Y abundando en estos temas: ¿qué fuerza sindical tiene CL?

DG: Implícitamente creo haber respondido en algún momento sobre este tema, porque quien se forma en la experiencia de CL adquiere una fuerte conciencia social y política. El sindicato de tradición cristiana italiano que durante años ha estado dominado por una mentalidad ajena al cristianismo (de extrema izquierda más concretamente) ha sido recuperado en estos últimos años también por la presencia de *Comunión y Liberación*. En el movimiento hay millares de sindicalistas y la cultura la hacen ellos: hoy, en el movimiento, los jóvenes trabajadores son mucho más numerosos que los universitarios o estudiantes de bachillerato. Y también para ellos existen todos estos instrumentos de cultura de los que hemos hablado antes.

Específicamente, para el mundo del trabajo existen Encuentros Culturales, que llamamos «Diálogos Culturales».

Pero lo importante es lo que vosotros podéis y debéis hacer hoy. Vosotros, ¿dónde estáis? En la parroquia, en los institutos y colegios, en la universidad... Sin ceder a la tentación de cerraros en vosotros mismos y sin ceder a la tentación de permanecer en torno a la sacristía, como el niño que se agarra al vestido de su madre. Porque la parroquia os forma para la misión Aun más: la parroquia es la misión en el barrio. Si tenéis dentro de vosotros este espíritu no podéis ir a clase sin comunicar esto a vuestros amigos, o sin reuniros entre vosotros para elaborar un juicio que pueda comunicarse a los demás sobre la injusticia que se está produciendo en el ambiente. Algo así como lo que hicisteis vosotros con el manifiesto contra el hambre²¹. Si hubierais permanecido sólo en vuestras parroquias, no hubierais hecho nunca eso.

P: Has empleado una expresión que me parece esencial dentro de la experiencia del movimiento, pero me gustaría que la explicaras un poco más: ¿qué significa hacer un «trabajo cultural»? En Italia, ante la mentalidad dominante de la cultura de La Repubblica, el movimiento está ofreciendo también una respuesta cultural en los medios de comunicación social, ¿qué tipo de respuesta ofrece?, ¿cómo la ofrece?, ¿qué medios está creando? Porque creo que en España tenemos la misma situación y la misma sensibilidad, pero carecemos de medios todavía.

Estamos trabajando con editoriales, fundamentalmente con la Editorial Jaca Book, con los periodistas y publicaciones del movimiento, especialmente (y en relación con la situación italiana) con el semanario *Il Sabato* y con la revista mensual *30Giorni*, que esperamos que tenga dentro de poco una edición en español. El dominio de la cultura anticristiana significa que con los medios de comunicación, sobre todo, se impide el conocimiento de los hechos reales.

Con respecto al trabajo cultural, me gustaría mucho hablar de ello. Trato de responder en unos pocos minutos. Sabéis que se puede hablar de la “cultura” (cultivo) de los tomates. En italiano las palabras cultura y cultivo se dicen igual: “cultura”. ¿Qué quiere decir “cultura” (cultivo)

²¹ Ver ANEXO II en p. 55.

de los tomates? Quiere decir conocer cómo se comporta la planta del tomate de tal forma que se pueda sembrar en tierra adecuada, de forma que se pueden obtener más tomates y mejores tomates. Igual es la cultura (cultivo) del hombre. La cultura es la forma de tratar las relaciones que el hombre tiene con el agua, con la tierra, con el cielo, con el fuego, con todo, de modo que el hombre se haga más hombre. La cultura no es una acumulación de noticias.

Henri de Lubac en una famosa entrevista, dice que la sociedad de hoy nos permite conocer cada vez más cosas, las explica cada vez más, pero no permite su comprensión. ¿Por qué? Porque no facilita el significado del destino. El trabajo cultural consiste en plantear la relación con el destino, con uno mismo, con las cosas, con los demás; afrontar esta relación de manera que uno sea cada vez más hombre, más plenamente hombre. Por ejemplo, antes hicimos un pequeño ensayo cultural sobre el matrimonio. Otro ejemplo –una característica que ya ha arraigado en el movimiento– es la recuperación de la música clásica y de la música en general. A la mayoría de los nuestros no les hubiera interesado jamás la música si no hubieran estado en el movimiento. Hoy en el movimiento, nuestra gente conoce los preludios de Chopin (especialmente uno), conocen de memoria las sinfonías de Beethoven, conocen algunas obras de Schubert, como el Trío nº 2 en Mi bemol o el dúo de la muerte y la doncella del Cuartero nº 14 en Do menor, y todos conocen la música coral rusa. Pongo estos ejemplos porque algunas opciones son un aspecto de la cultura misma.

El trabajo cultural significa afrontar cualquier clase de relación, en base a la verdad de tu destino, que es Cristo. Por eso Cristo es el centro de la cultura, la clave de bóveda de la cultura. Esta es la primera afirmación que hice en la historia del movimiento; afirmación que extraje de un libro del padre Elvi, que comentaba la carta a los Efesios.

Así la relación que tenéis entre vosotros, con vuestros amigos, la relación que tenéis con vuestros padres, con los sacerdotes, con vuestros profesores, con vuestros maestros “juzga” todo eso. ¡Esto es ser hombre! ¡Esta es la tarea del hombre cristiano! ¿Conocéis la *Imitación de Cristo*? Es un famoso libro de ascesis medieval conocido en España como el *Kempis*, que tiene una de las frases más bonitas del mundo: «Ex uno verbo omnia» (de una palabra, todo).

P: Partiendo de que tú has sido para nosotros una autoridad en la construcción de nuestra historia, y de que nos has ido ayudando en nuestro camino, antes con tus libros y estos días con tus palabras y con tu compañía, quería preguntarte más concretamente, al encontrarnos empezando a construir un movimiento a partir de Nueva Tierra: ¿qué nos puedes aconsejar en este momento inicial?, ¿qué puedes aportar, desde el reconocimiento de tu autoridad, para la construcción de nuestro movimiento?

DG: La indicación que os doy es que debéis seguir a aquellos con quienes habéis comenzado vuestro camino y con los que estáis haciendo ese camino ¡y basta! Tenéis una gracia, una fortuna que ningún grupo nuestro tiene en el mundo, que es el de tener aquí con vosotros a un obispo. Eso sí, tenemos necesidad de ser compañeros, porque tenemos la misma tensión original, el mismo destino, el mismo camino, la misma batalla.

Comunión y Liberación indica la raíz y Nueva Tierra el fruto.

P: Ahora que estamos todos juntos es muy fácil comunicarnos y comunicar nuestra experiencia, pero estando en un ambiente hostil, en un ambiente en el que estás sólo, ¿de qué manera se pueden superar los miedos individuales que tenemos al enfrentamos con una realidad que no es la nuestra?

DG: Para superar el miedo hay un método muy sencillo, ¿cuál? Sentirse en compañía. Hay otro método más profundo, que es la memoria de Cristo, la fidelidad a Cristo, y la petición a Cristo, porque cuando falta la compañía y uno está sólo... sólo se puede hacer esto. Tu pregunta es muy justa porque todos se hunden ante el influjo de la sociedad, por ello es por lo que todos debemos ser adultos.

«Tú solo pensando, oh ideal, eres verdadero» –dice un poeta italiano; es necesario vivir “pensando tú sólo, ideal, eres verdadero”. Trae a mi memoria una pequeña poesía de un poeta vuestro que antes he citado, Juan Ramón Jiménez, que dice: «Es verdad ya, mas fue tan mentira, que sigue siendo imposible siempre». El cristianismo es verdad. Pero ha sido recibido por nosotros de manera tan falsa, que aún ahora parece imposible. Esta es la fuerza del fenómeno de los movimientos: responden y encarnan que la novedad del cristianismo

es posible. De otra forma Cristo hubiera venido inútilmente, sin embargo Él es el vencedor.

P: Volviendo a la pregunta de antes, con respecto a la gente menos culta, más ignorante; me doy cuenta que en estos comienzos de Nueva Tierra, el nivel intelectual para acceder a nosotros es un poco elevado. Creo que tenemos el peligro de seguir en esa línea y de que el movimiento que se vaya construyendo en torno a nosotros sea sólo para universitarios o para gente que haya acabado ya su carrera... Esto me preocupa y quisiera saber qué medios hay para que el movimiento llegue a todo el mundo.

DG: ¡Lógico! Hoy he hablado como he hablado porque hablaba a quien hablaba. En nuestro movimiento hay millares, decenas de millares de gente del pueblo, de gente que, incluso, no sabe escribir. Tu pregunta es muy útil para decir esto: el corazón del movimiento, la esencia de nuestro método, es una cosa sencillísima: la compañía, la amistad. Digámoslo con una palabra más difícil: comunión. Comunión quiere decir relación con la presencia de Cristo, que me une con todos vosotros. Y por lo tanto, esa relación, esa comunión, también con todos vosotros.

¿Cómo se expresa esta comunión? Rezando y queriéndonos, es decir, ayudándonos en la vida; o, utilizando una palabra muy conocida entre nosotros, compartiendo nuestras necesidades. Una mujer ignorante, de pueblo, ¿entiende esto? ¡Esto lo entiende todo el mundo! El verdadero núcleo de la cuestión, repito, es que se rece al Señor, que se viva la presencia de Cristo, que nos sintamos una sola cosa. Y todo esto se traduce en la ayuda mutua entre nosotros. Se puede llegar a situaciones límite, por ejemplo una familia que se encontró en el paro, sin nada que hacer y con cinco hijos, con grandes deudas... nosotros recogimos, en dos días, 6 millones de pesetas para evitar que fueran a la cárcel. La madre de estos cinco chicos no era una mujer culta; no había ido a la universidad, pero cada vez que me ve se conmueve, porque el movimiento le ha salvado la vida. A ella y a sus cinco hijos. Cosas como ésta, no tan importantes económicamente, aparecen todos los días en la vida del movimiento. ¡Casi todos los días se da un gesto de este tipo!

Cuando los primeros cristianos iban, por ejemplo, de Corinto a Roma, el obispo les daba un pequeño papel que se llamaba «litterae

comunión» (cartas de comunión), y ese cristiano, al llegar, entregaba esa carta al obispo de Roma, y entonces, toda la comunidad le acogía, le alojaba, le daban comida y le hacían participar en la vida de la comunidad. Este mismo ejemplo sucede mil veces cada día en nuestro movimiento ¡y no sólo entre universitarios!, porque, ciertamente, no es necesario haber estudiado a Kant y a Hegel para hacer estas cosas.

Pero lo que quería subrayar es que la pregunta que has hecho ha servido para que, una vez más, pongamos las cosas en su sitio y centremos nuestra vida: ¡y el «centro» es algo, como hemos visto, muy sencillo! Si vosotros habéis tenido alguna vez la experiencia de querer a alguien, sabéis perfectamente como se hace esto que os quiero transmitir.

P: Usted se ha referido varias veces a nuestra realidad concreta cuando le han preguntado sobre temas y situaciones que ahora no vivimos, pero que algún día llegarán. Mi inquietud ahora, como universitario, como la mayoría de nosotros, es a qué dedicarnos, teniendo en cuenta nuestras limitaciones de tiempo y el amplio panorama de solicitudes que tenemos en casa, en la universidad, en la parroquia... ¿podría darnos algún criterio a la hora de elegir un lugar u otro para trabajar, para dedicar nuestros esfuerzos?

DG: La pregunta es absolutamente justa, pero no se puede responder matemáticamente... como quisieran, a veces, vuestros propios padres. Yo decía hace poco a una chica que pedía permiso a su madre durante tres fines de semana seguidos para actividades del movimiento: «Tus padres tienen la comprensión que tienen del movimiento y ellos tienen derecho a estar contigo, por lo tanto, un fin de semana te quedas en casa y dos te vas a las cosas del movimiento». Ahora, si tu padre está enfermo, le han echado del trabajo, pasa por una depresión, etc... entonces la cuestión es al revés, debes quedarte dos domingos en casa y el tercero acudir a las actividades del movimiento. Lo digo para expresar que no existe un modelo matemático de empleo del tiempo. Lo importante es que quien tiene esta pregunta dentro de sí, sólo por el hecho de plantearse esta cuestión, está en una posición justa. Luego, ya haremos lo que podamos.

Para responder a tu caso concreto, debes dejarte aconsejar por tu sacerdote, por tu director espiritual, por tu grupo, por tu compañía..., pero eres tú la que decides, es tu decisión personal, el juez decisivo será siempre tú, tú personalmente.

P: En la primera exposición que hizo ayer habló de cómo se llegan a implantar las corrientes culturales en vigor. Dijo que nacen en un momento dado, el Estado las adopta, y, a través de los medios de comunicación, llegan al pueblo y éste las asume. ¿Realmente el Estado es tan poderoso? ¿Realmente el poder es tan poderoso o más bien está inmerso en esta maquinaria y ni siquiera puede controlar estas corrientes?

DG: Si no somos capaces de asumir nuestra humanidad el poder puede hacer con nosotros lo que quiera y lo que le plazca. Para no ser esclavos del poder sólo hace falta que el hombre sea hombre, que el hombre sea consciente de su propio destino (inteligencia) y que afronte toda la realidad en base a esa conciencia (memoria).

Pero la gente tiene demasiado que hacer, está cansada de tanto trabajar y no quiere hacer este esfuerzo. Y por eso, en última instancia, se deja «llevar por la corriente» y se aliena. Nosotros, sin embargo, resistimos. Hay una pequeña historia que quisiera contar. En Leningrado hay un bello edificio donde reside el Tribunal de Justicia y allí se celebró recientemente el proceso de un cristiano miembro del movimiento editorial clandestino. Un cristiano del que recibí una carta personal justo un día antes de ser detenido. Al juicio asistían numerosos cristianos ocultos que, lógicamente, permanecían callados. Frente al juez este hombre cristiano, habló de lo que no le permitía el poder soviético: testimoniar públicamente que Cristo era todo para él en la vida. Como consecuencia le han caído 20 años de campo de concentración. Vemos como el poder no puede destruir una sola cosa: la persona, el hombre. Es cierto que el poder actual tiene recursos, como el recluir en un manicomio a testigos como al padre Dudko, o, incluso, suministrar drogas que afectan al cerebro; pero si el hombre permanece hombre (en el sentido de que no llega a ese estado en que no puede usar de sus propias facultades), es la única realidad que limita al poder. Cuando el juez pronunció la sentencia de los 20 años, en la inmensa sala del Palacio de Justicia de Leningrado se alzó –como respuesta– un coro de todas las voces allí

presentes que entonaban el himno «Cristo ha resucitado». En ese momento, por primera vez en la historia, la masa de los cristianos cantó el himno pascual libremente, en un edificio público ruso, corriendo el peligro de ir todos a la cárcel, por supuesto.

Os agradezco, y en este caso en su sentido más literal, la paciencia que habéis tenido conmigo. Me marchó con mucha esperanza, mucho más edificado, porque he visto que el Espíritu suscita la misma percepción del acontecimiento cristiano en muchos lugares. ¡Si somos amigos debemos ayudarnos! Debemos suscitar un movimiento que abarque toda la Iglesia, un movimiento por el que Cristo y la Iglesia, su Presencia real en la sociedad, vuelvan a ser verdaderamente presentes para que la sociedad se vuelva más humana. Porque la pasión del cristiano es el bien del hombre.

Cuando Cristo hablaba, hablaba del Padre. Si hubiéramos estado nosotros dos allí, escuchándole, yo te hubiera preguntado: «¿Pero qué está diciendo ese hombre»? «Habla del Padre», me habrías respondido. «Y, ¿por qué habla del Padre?, ¿por qué habla del infierno?, ¿por qué habla del alma?»... La gente que le escuchaba hubiera preguntado esto. El cristianismo nace como respuesta al dolor y a la necesidad del hombre, desde un corazón que tiene pasión por el hombre. No en vano se dijo: «He aquí al hombre». Es la pasión por el hombre lo que la gente percibía en aquel hombre que se llamaba Jesús, siempre que hablaba, tanto si hablaba del Padre, como si hablaba de sí mismo. Era porque la única manera para que el hombre esté mejor, en la vida eterna y aquí abajo, es respetar al hombre, abrirlo a la totalidad, acompañarlo hacia su plenitud. Por eso el Papa nos dijo, y os lo leo para concluir: «...en esto consiste la riqueza de vuestra participación en la vida eclesial: un método de educación en la fe que incida en la vida del hombre y de la historia». Queremos incidir en la vida del hombre, en la mía, en la tuya, en la historia, en la sociedad, en los otros ¡hasta los confines del mundo! Porque lo que hace comprender que uno es verdaderamente cristiano es que adora a Dios y a Cristo por la pasión por el hombre, por la pasión de la humanidad que lleva dentro de sí, por la pasión que tiene por la verdad de sí mismo.

ANEXO I

Algunos universitarios cordobeses redactaron el manifiesto de Córdoba y lo colgaron en la Universidad de la misma ciudad. En una de las cenas que compartió con los amigos de Nueva Tierra, don Giussani le pidió a uno de los autores que lo leyera. Decía así:

UNA PROPUESTA

La Asociación Cultural NUEVA TIERRA nació con la pretensión de ser un cauce para hacer presente una propuesta de vida cristiana en los ambientes donde está el hombre. Pensamos que el hombre de nuestro tiempo sufre. Entre otras, la enfermedad de ignorar la verdad de su condición y que uno de los factores determinantes de esta situación es la ausencia de propuestas auténticamente cristianas, despojadas de adherencias de ideología y de complejos de inferioridad, que salgan al encuentro de la cultura actual allí donde se deciden las formas que adopta. Ahora queremos hacer presente esta propuesta en la universidad de Córdoba.

No nos proponemos presentar una nueva ideología, lo que nos asimilaría a todas las demás ofertas que invaden la Universidad. En un ambiente saturado y de vuelta de ideas y sistemas de pensamiento, lo que proponemos es una vida.

Creemos, es decir, arriesgamos nuestra vida que recibimos como don, que la plenitud a la que aspira nuestro corazón se manifiesta en la Historia en el acontecimiento de Jesucristo. La Salvación que vivimos, no como una suma de liberaciones individuales e interiores sino por el descubrimiento de que Cristo es el que da al mundo su sentido, se nos ha dado gratuitamente por Él.

Cristo tiene una relevancia cósmica y los valores nunca pueden convertirse en una cuestión meramente privada. No es que dudemos de la autonomía de lo temporal sino que afirmamos que lo cristiano no es una superposición a lo humano, es su plenitud y profundidad definitiva. Jesús no es sólo la definición de Dios, sino también la del mundo y la del hombre. Él manifiesta el sentido de la realidad en su totalidad.

Esta es nuestra certeza. Y por ello no estamos dispuestos a ser decapitados y relegar nuestra fe al terreno de lo íntimo para luego

enfrentarnos a nuestra vida universitaria adoptando formas de convivencia, orientaciones de nuestro estudio, perspectivas profesionales, comprensión de la institución... según criterios distintos, cuando no opuestos a nuestra fe.

Por eso pretendemos trabajar humilde y constantemente, sin espectacularidades, en hacer presente con nuestra vida, nuestros juicios y nuestros actos el acontecimiento que nos mueve. Entendednos bien: no pretendemos construir una sacristía. Nuestro camino es toda la realidad humana universitaria. Queremos divulgar nuestro modo de entender la realidad a través de manifiestos y publicaciones escritas, en particular nuestra revista «NUEVA TIERRA», dar cauces a iniciativas de estudio, quizás profesionales, promocionar formas de relación y vida más auténticamente humanas y comprometernos en la construcción de un mundo a la medida del hombre que Dios ha manifestado en Jesucristo.

Si te interesa, ponte en contacto con nosotros.

ANEXO II

Se refiere a un manifiesto que Nueva Tierra editó y distribuyó por todas las Parroquias de Madrid en 1984:

EL HAMBRE CUESTIONA NUESTRA CULTURA

En el fondo del problema del hambre, como en el de todos los que afectan al mundo actual, están los valores en los que se sustenta la cultura contemporánea. Por eso el hombre en el mundo cuestiona nuestra cultura de forma radical. Nosotros no podemos ante esta realidad sino estar en actitud de alarma y rebeldía

Sólo hace dos décadas, con las primeras denuncias de los papas y las iniciativas de la ONU y la FAO, comenzó a nacer una conciencia social de este problema que afecta a cientos de millones de hombres. Más tarde, en el 68, y en medio de un ámbito de contestación general, el apoyo al Tercer Mundo se transformó en movimientos revolucionarios que entendían el problema políticamente y en clave de estructuras socio-económicas. Sin embargo pese a aquel estallido «tercermundista» en occidente, el tema del hambre fue pasando lentamente al olvido.

La confianza en el desarrollo técnico capitalista se ha debilitado: los recursos naturales, científicos y tecnológicos para acabar con el hambre existen. Y, sin embargo, el hambre sigue ahí. Así mismo se ha desvanecido el mito de la revolución socialista, que si bien ha solucionado en algunos países gran parte del problema del hambre, ha sumido a los pueblos en la miseria de la esclavitud al sistema, en el miedo y en la violencia. Las ideologías, partiendo muchas veces de un deseo de servicio, han olvidado la verdad sobre el hombre, convirtiéndolo en medio para otros fines. Es necesario reconocer a los demás no como fruto de una opción política o ideología, sino como un valor absoluto.

¿Qué queda hoy de todo esto? La conciencia social en torno al hambre se ha reducido a una cuestión de donativos económicos a la que se nos llama muchas veces desde campañas emotivas que suscitan en nosotros una generosidad transitoria. Estas campañas pueden situarnos ante problemas reales, pero los verdaderos problemas quedan más allá. La emoción los deja intactos. Lo importante es despertar en el hombre su conciencia. No se

compromete en una acción quien no compromete en ella al hombre en su totalidad.

El desarrollo solidario de los pueblos es imprescindible para afrontar con realismo el problema en todas sus dimensiones. Los gobiernos deben colaborar aportando ayudas económicas cada vez mayores, transformando las normas injustas del comercio internacional (especialmente las del mercado de productos agrícolas) y liberando a los pueblos pobres de las servidumbres impuestas a menudo por empresas multinacionales. Así mismo, es necesario secundar y dar más fuerza operativa a los organismos internacionales que actúan en favor del Tercer Mundo (FAO, UNICEF, OMS, Alto Comisariado para los Refugiados, UNESCO, etc.). Ahora bien: la solución al problema del hambre es política, pero no primera y principalmente política.

Podemos caer fácilmente en una visión mecanicista del desarrollo, que deforma la realidad y adormece la conciencia. Al descargar sobre las estructuras toda la responsabilidad, se acaba por hacer creer al hombre de la calle que el problema no le atañe. Por el contrario, cada hombre es protagonista del bien y del mal, del hambre de un lado y de la opulencia del otro.

El subdesarrollo pone al desnudo el error de una cultura contemporánea y manifiesta con claridad la insuficiencia de nuestros modelos de civilización. Sólo así se puede explicar que se intente crear necesidad de lo superfluo mientras amplísimos estratos de población no pueden satisfacer sus necesidades primarias. Después de haberse asegurado un dominio necesario sobre la naturaleza, fruto de un desarrollo técnico extraordinario, el hombre se está convirtiendo, ahora, en esclavo de los objetos que fabrica. En este sentido podemos sostener que hay una relación directa entre el hambre y la carrera de armamento.

Todo esto prueba que si queremos llegar a la verdad del problema del hambre no hay que centrarse primordialmente en una visión político-económica, sino en su dimensión cultural, humana, moral, religiosa. La política puede ser urgente, pero está subordinada.

El problema del hambre constituye un reclamo a la transformación de nuestro modo de vivir. No basta anunciar que la solidaridad es necesaria: hay que vivirla. Así nuestros planteamientos se traducen en una austeridad de vida y en una solidaridad real y electiva que nos

lleva a compromisos concretos de servicio, Para ello hemos de reconstruir en todos los ámbitos de la sociedad una nueva conciencia de justicia y de verdad.

Pero una sociedad que se ha olvidado de Dios se vuelve necesariamente contra el hombre. El futuro sólo será de aquellos que sean capaces de ofrecer a un mundo que sufre el hambre y la miseria razones para vivir y razones para esperar. Proponemos la vida nueva que brota del encuentro con Jesucristo, centro y fin de la Historia.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN A LA NUEVA EDICIÓN	3
INTRODUCCIÓN	5
INTERVENCIÓN DE DON LUIGI GIUSSANI	7
ASAMBLEA	35
ANEXO I	53
ANEXO II	55

© Fraternidad de Comunión y Liberación

En portada: *Dios creando los pájaros ve [imagina] a Adán en su pensamiento*,
detalle del portal norte de la catedral de Chartres (Francia), s. XIII.

Suplemento de la revista *Huellas – Litterae Communiois*, n. 8, septiembre 2010

Revisión de texto: Guadalupe Arbona y Carmen Giussani

Maquetación: IMÁN COMUNICACIÓN

Impresión: GRÁFICAS ENAR